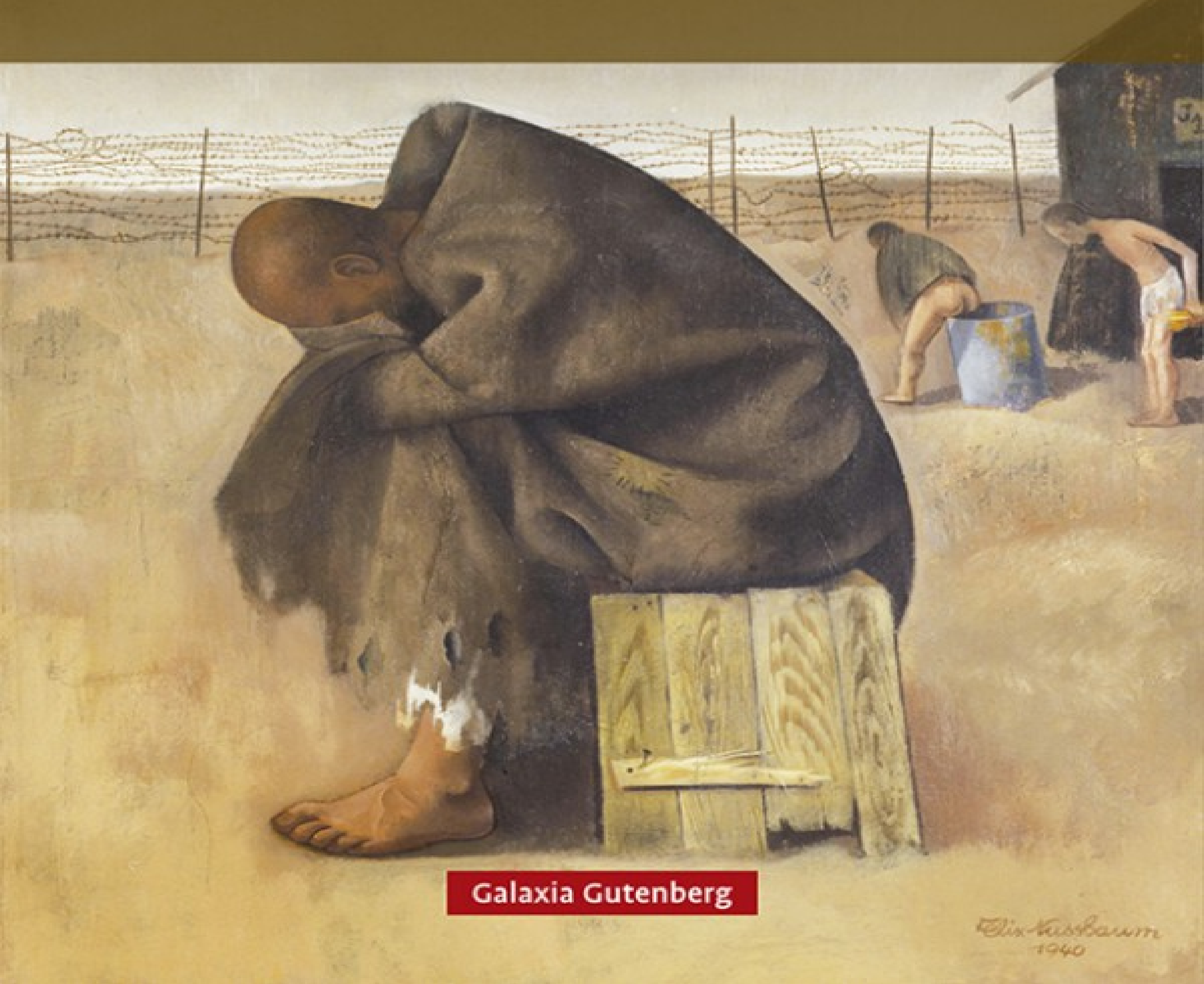
Vasili Grossman

El infierno de Treblinka



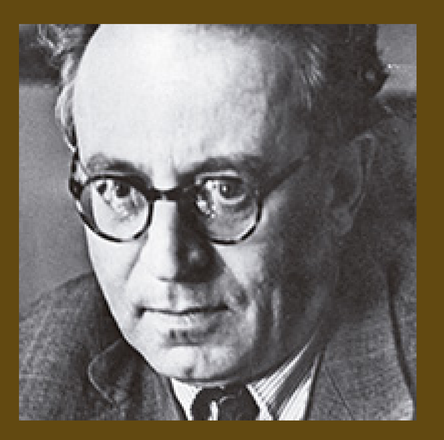


Foto cedida por Andrew Nurnberg Associates

Vasili Grossman

Nacido en Berdíchev (1905) en una familia judía emancipada, no fue educado en la tradición de sus antepasados. Ingeniero de profesión, empezó a escribir relatos durante su etapa universitaria y se centró definitivamente en la escritura a mediados de los años treinta. Apoyó la Revolución rusa de 1917, pero la Gran Purga estalinista de 1937 le afecta de cerca, en la persona de familiares y amigos y, muy especialmente, de su pareja. Ello no disminuye su compromiso con el destino del pueblo ruso y, a pesar de estar exento del servicio militar, se presenta como voluntario para ir al frente cuando estalla la Segunda Guerra Mundial. Sus vivencias durante el conflicto alimentan las que serán sus obras maestras, como las novelas *Vida y destino*, *Por una causa justa* y *Todo fluye*, así como el volumen de sus crónicas del frente, *Años de guerra*, o *El libro negro*, una compilación de testimonios de las víctimas del nazismo, realizada junto a Ilyá Ehrenburg. Todos estos libros han sido publicados por Galaxia Gutenberg. El totalitarismo soviético acabará, sin embargo, destruyendo a Grossman al requisarle el original de sus textos y prohibir su publicación. Grossman murió en Moscú (1964) creyéndolos perdidos para siempre.

En verano de 1944, en su avance hacia Berlín, el Ejército Rojo llegó al lugar que había ocupado el Campo de Exterminio de Treblinka, donde unos 800.000 judíos fueron asesinados. Los responsables nazis del campo lo habían arrasado con el fin de eliminar todo vestigio. Sin embargo, son muchos los testimonios de lo que allí había ocurrido y poco a poco van apareciendo las pruebas que lo confirman. Vasili Grossman, que durante la guerra ha viajado con las tropas soviéticas para describir en sus crónicas lo que ocurre en el frente, será el encargado de reconstruir el relato de lo acontecido en Treblinka. De esta forma, Grossman será con *El infierno de Treblinka* el primer cronista en relatar al mundo entero los horrores del exterminio.

Setenta años después de la liberación de los campos de exterminio, reeditamos en volumen independiente uno de los textos más decisivos de Grossman extraído de su libro *Años de guerra*.

Vasili Grossman

El infierno de Treblinka

Galaxia Gutenberg

Este texto pertenece a la obra *Años de guerra*, de Vasili Grossman, publicada por Galaxia Gutenberg en 2009. La edición original de esta obra en lengua española fue publicada por Ediciones en Lenguas Extranjeras en Moscú en 1946. La edición de Galaxia de la obra recuperó íntegramente esa traducción revisada y corregida.

Traducción del ruso

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2017

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-17088-44-6

I

Al este de Varsovia, a lo largo del Bug occidental, se extienden arenales, pantanos y terrenos cubiertos de espesos bosques de pinos y de árboles foliáceos. Son lugares poco poblados y tristes. Los caminantes evitan los arenosos y estrechos caminos donde los pies se entierran y las ruedas se hunden hasta los cubos.

Allí, en el ramal ferroviario de Sedlets, se encuentra la pequeña y perdida estación de Treblinka, a sesenta kilómetros largos de Varsovia, no lejos de la estación de Malkinia, punto de bifurcación de la línea férrea que une Varsovia, Bielostok, Sedlets y Lomza.

Es posible que muchas de aquellas personas que fueron traídas en 1942 a Treblinka hubieran pasado por aquí en tiempos de paz y que, con ojos distraídos, mirasen el aburrido paisaje: pinos, arena, otra vez pinos, matorrales, arbustos secos, los tristes edificios de la estación, las vías que se cruzan... Y es posible que la aburrida mirada del pasajero notara la existencia de un ramal ferroviario que partía de la estación y se internaba en el tupido bosque de pinos que llegaba hasta la vía misma. Este ramal conduce a una cantera de la que se extraía arena blanca destinada a satisfacer las necesidades industriales y de construcción de la ciudad.

La cantera dista cuatro kilómetros de la estación y se encuentra en un terreno baldío, rodeado de pinos por todos lados. La tierra es allí avara e improductiva y los campesinos no la cultivaban, por eso el terreno permanecía yermo desde tiempo inmemorial. En algunos sitios está cubierto de musgo y de vez en cuando presenta algunos escuálidos pinabetes. De tarde en tarde vuelan por allí los grajos o las moñudas abubillas de colores

abigarrados. Este miserable desierto fue elegido y aceptado por el *führer* de las SS de Alemania, Heinrich Himmler, para la construcción de un inmenso patíbulo cuyo igual el género humano no había conocido desde los tiempos bárbaros hasta nuestros días crueles. Sí, es indudable que el universo no ha conocido un patíbulo semejante. Aquí fue construido el matadero principal de las SS, que superó en dimensiones a los de Sobibor, Maidánek, Belzec y Auschwitz.

En Treblinka existieron dos campos de concentración: el de trabajos forzados, N.° 1, en el que se hallaban presos de distintas nacionalidades, fundamentalmente polacos; y el campo judío, que llevaba el N.° 2.

El campo N.° 1 (de trabajo o penitenciario) colindaba con la cantera de arena, no lejos del límite del bosque. Era un campo de concentración ordinario, como los que la Gestapo construyó a centenares y miles en las tierras del Este ocupadas por los alemanes. Fue creado en 1941. En él, como en una síntesis, se podían percibir rasgos del carácter alemán deformados por el terrible espejo del régimen hitleriano. Del mismo modo que en el delirio de la fiebre se reflejan de una manera monstruosa y deformada los pensamientos y sentimientos vividos por el enfermo antes de su enfermedad, de igual modo que el loco en sus ataques de enajenación deforma la lógica de las reacciones y pensamientos del hombre normal, así el criminal lleva a cabo su faena uniendo, en el martillazo dado en el entrecejo de las víctimas, la hábil práctica, la precisión y la fuerza del obrero metalúrgico con la sangre fría del antropoide.

El espíritu de economía, la exactitud, el cálculo, la pulcritud pedantesca son todos ellos rasgos plausibles que poseen muchos alemanes. Aplicados a la agricultura o a la industria, dan sus frutos. El hitlerismo aplicó estos rasgos al crimen contra la humanidad y las SS del Reich procedieron en el campo de concentración polaco exactamente como si se tratara del cultivo de coliflores o de patatas.

El terreno ocupado por el campo de concentración está dividido por unas barracas iguales y rectangulares construidas a cordel, y por caminitos bordeados de abedules y enarenados. Se construyeron estanques de cemento para aves domésticas, lavaderos para la ropa con unos cómodos peldaños,

servicios para el personal alemán, un horno de cocer pan bien acondicionado, peluquería, garaje, surtidor de gasolina con una esfera de cristal, depósitos. Aproximadamente con una tipología análoga, con jardincitos, con columnitas-fuentes, con caminos asfaltados, se construyó también el campo de Maidánek cerca de Lublin, y de igual forma organizaron en la Polonia oriental decenas de otros campos de trabajo forzado donde la Gestapo y las SS pensaban afincarse de manera permanente. En la construcción de estos campos se reflejaron los rasgos característicos de la precisión alemana, del espíritu de ahorro mezquino, la pedantesca tendencia al orden, la afición alemana a la reglamentación, al esquema elaborado hasta los más pequeños e insignificantes detalles.

La gente ingresaba en el campo de trabajo para un plazo que a veces era muy pequeño: cuatro, cinco o seis meses. Allí metieron a polacos que habían infringido las disposiciones del gobernador general. Estas faltas eran por lo común insignificantes, puesto que cuando se trataba de infracciones de importancia el castigo no era el campo, sino la muerte inmediata. Una denuncia, una delación, una palabra casual que se escapaba mientras se iba por la calle, el incumplimiento de la orden de entrega de productos, la negativa a facilitar a un alemán el carro o el caballo, la resistencia de las muchachas a rendirse a las proposiciones amorosas de un SS, no ya el sabotaje en la fábrica, sino solamente la sospecha de la posibilidad de un sabotaje: todo esto conducía a centenares y a miles de polacos, obreros, campesinos, intelectuales, hombres y muchachas, viejos, adolescentes o madres de familia, al campo penitenciario. En total pasaron por dicho campo unas cincuenta mil personas. Solamente se recluía en este campo a los judíos cuando se trataba de conocidos y excelentes maestros panaderos, zapateros, ebanistas, albañiles o sastres. Allí había todos los talleres imaginables y entre ellos un importante taller de muebles que confeccionaban butacas, mesas y sillas para los Estados Mayores del ejército alemán.

El campo N.° 1 existió desde otoño de 1941 hasta el 23 de julio de 1944. Fue completamente suprimido cuando los detenidos oían ya el sordo rugido de la artillería soviética...

El 23 de julio por la mañana temprano los guardianes y los SS, después de beber unas copas para armarse de valor, emprendieron la liquidación del campo de concentración. Por la noche habían sido muertos y enterrados todos los presos. El carpintero de Varsovia Max Levit logró salvarse saliendo herido de entre los cadáveres de sus compañeros cuando se hizo oscuro, y se arrastró hacia el bosque. Contó cómo, tumbado en la zanja, oyó a treinta chicos que al ser fusilados cantaron la canción *Mi gran país querido*, oyó cómo uno de los muchachos gritaba: «¡Stalin nos vengará!», oyó cómo el jefe de los muchachos, el niño Leib, querido en todo el campo, al caer a su lado en la zanja se irguió después de sonar la descarga y pidió: «¡Señor guardián, ha errado el tiro, por favor, señor, otra vez, otra vez!».

Ahora se puede hablar con detalle del orden alemán que imperaba en este campamento de trabajo. Por las declaraciones de decenas de testigos polacos que escaparon o fueron puestos en libertad en su tiempo, conocemos las leyes imperantes en el campo N.° 1. Sabemos del trabajo en la cantera de arena, sabemos cómo a los que no cumplían las normas los arrojaban por un escarpado a una hondonada, conocemos las normas de la alimentación, que consistía en 170 o 200 gramos de pan y un litro de un mejunje al que se daba el nombre de sopa; sabemos de los muertos de hambre, de los hinchados a los que transportaban en unas carretillas fuera de las alambradas y fusilaban; conocemos las orgías salvajes que organizaban los alemanes, cómo violaban a las muchachas y cómo allí mismo fusilaban a sus amantes forzadas; cómo arrojaban a la gente desde una torreta de seis metros de altura, cómo por la noche, borrachos o en pandilla, sacaban de las barracas a diez o quince presos y empezaban a hacer con ellos, con toda parsimonia, ensayos de métodos de asesinato, disparando al corazón, en la nuca, en los ojos, en la boca o en las sienes de los condenados. Conocemos los nombres de los SS guardianes del campo, sus caracteres, sus particularidades, sabemos también quién fue el jefe del campo, el flamenco alemán Von Ripen, criminal insaciable y depravado, aficionado a los buenos caballos y a las galopadas rápidas. Sabemos del joven y macizo Stumpfe, al que le daban irresistibles ataques de risa cuando mataba a alguno de los presos o cuando en su presencia se ejecutaba a

alguien. Le pusieron por mote «La muerte que ríe». El último que oyó su risa fue Max Levit, el 23 de julio de este año, cuando los vigilantes al mando de Stumpfe fusilaban a unos muchachos. Levit estaba tumbado, herido gravemente en el fondo de una zanja. Tenemos noticias de un alemán tuerto, Sviderski, de Odesa, llamado el «Maestro del martillo». Era considerado un insuperable especialista en el asesinato «en frío», y en sólo algunos minutos mató a martillazos a quince niños de entre ocho y trece años declarados no aptos para el trabajo. Sabemos de un SS, Preifi, delgado, parecido a un gitano, apodado «El Viejo», sombrío y reservado. Para distraerse se colocaba junto al depósito de inmundicias y espiaba a los presos que iban a hurtadillas a comerse las mondas de las patatas, les obligaba a abrir la boca y entonces les disparaba en ella.

Conocemos los nombres de los asesinos profesionales Schwarts y Ledek. Éstos se divertían disparando a los detenidos que al anochecer regresaban del trabajo, y mataban así diariamente a veinte, treinta o cuarenta personas.

La deformación de los cerebros, del corazón, del espíritu, de las palabras, de los hechos, de las costumbres era como una terrible caricatura que recordaba los rasgos habituales, los pensamientos, los sentimientos, las costumbres y las conductas de los alemanes normales. Y el orden del campo y la documentación de los asesinatos, como la afición a la broma monstruosa, que recordaba a las bromas de los estudiantes becarios alemanes borrachos, las canciones sentimentales cantadas a coro en medio de charcos de sangre y los discursos que aquellos antropopitecos pronunciaban sin descanso ante los condenados, las máximas y los piadosos sermones, cuidadosamente impresos en papeles especiales, todo esto eran monstruosos dragones y reptiles nacidos del germen del chovinismo tradicional alemán, de la altivez, el amor propio, la vanidosa confianza en sí propio, la pedante preocupación babosa por su propio nido y la férrea y fría indiferencia por la suerte de todo lo vivo, procedente de la fe bestial y estúpida de que la ciencia alemana, la música, la poesía, el idioma, el césped, los váteres, el cielo, la cerveza, las casas son las más altas y las más

hermosas de todo el universo. Los vicios y los terribles crímenes cometidos por estas gentes tuvieron su origen en las taras del carácter nacional alemán.

Así funcionó este campo, semejante a un Maidánek en pequeño, y pudo parecer que no había nada más terrible en el mundo. Pero los que vivieron en el campo N.° 1 sabían muy bien que había algo más espantoso, cien veces más horrible que su campo. A tres kilómetros de él, los alemanes comenzaron en mayo de 1942 la construcción de un nuevo campo. La construcción se llevó a cabo a un ritmo rápido; en ella trabajaron más de mil obreros. Nada allí estaba dispuesto para la vida, todo estaba preparado para la muerte. La existencia de este campo, según el pensamiento de Himmler, debía permanecer en el más absoluto secreto; ni una sola persona debía salir viva de su recinto. Y absolutamente a nadie se le permitió acercarse a él. A un kilómetro de distancia se hacía fuego sin previo aviso sobre todo aquel que por casualidad pasara por allí. Se prohibía a los aviones alemanes que volaran sobre esta zona. Las víctimas traídas en trenes que circulaban por un ramal ferroviario especialmente derivado no sabían hasta los últimos minutos cuál era la suerte que les esperaba. A la guardia que acompañaba a los trenes no la dejaban llegar ni siquiera hasta donde se hallaba la vigilancia exterior del campo. A la llegada de los vagones, se encargaban de su custodia los SS del campo. Los trenes, compuestos por lo general de sesenta vagones, se dividían en tres partes al llegar al bosque, y la locomotora enviaba sucesivamente tandas de veinte vagones hacia el andén del campo. La locomotora empujaba los vagones por detrás y se detenía en las alambradas, de tal manera que ni el maquinista ni el fogonero traspasaban los límites del campo. Cuando los vagones quedaban descargados, el suboficial de SS que estaba de guardia daba un pitido para llamar a los siguientes veinte vagones, que esperaban a doscientos metros. Cuando se descargaban los sesenta vagones, la jefatura del campo telefoneaba a la estación para que enviaran un nuevo tren, y se hacía avanzar por la vía al que había quedado vacío hasta la cantera donde los vagones eran cargados de arena y se marchaban a las estaciones de Treblinka y Malkinia.

Se puso de manifiesto la ventajosa situación de Treblinka: los trenes cargados de víctimas llegaban a ella desde los cuatro puntos cardinales: del oeste, del este, del norte y del sur. Los trenes procedían de las ciudades polacas de Varsovia, Mendsizhets, Chenstojov, Sedlets, Radom, de Lomza, Bielostok, Grodno, de muchas ciudades de Bielorrusia, de Alemania, Checoslovaquia, Austria, Bulgaria, Besarabia.

Durante trece meses llegaron trenes a Treblinka. Cada convoy estaba compuesto por sesenta vagones y en cada uno iban escritas con yeso las cifras 150, 180, 200. Éstas indicaban la cantidad de personas que había en cada vagón. Los empleados ferroviarios y los campesinos llevaban en secreto la cuenta de estos vagones. El campesino de sesenta y dos años Kasimir Skarzhinski, que vivía en la aldea de Vulka (en el poblado más próximo al campo), me contó que hubo días en los que frente al pueblo pasaron, solamente por el ramal de Sedlets, seis trenes, y que casi no hubo día a lo largo de los trece meses en que no circulara por lo menos uno. Y hay que tener en cuenta que el ramal de Sedlets era solamente uno de los cuatro caminos de hierro que proveían a Treblinka. El obrero de vías y obras Lutsián Tsúkov, movilizado por los alemanes para trabajar en el ramal que conducía desde Treblinka hasta el campo N.° 2, dice que en el tiempo que duró su trabajo, es decir desde el 15 de junio de 1942 hasta agosto de 1943, llegaron al campo desde Treblinka por dicho ramal de uno a tres trenes por día. Cada tren estaba formado por sesenta vagones y cada uno de estos transportaba por lo menos ciento cincuenta personas. Testimonios como éste los hemos reunido a decenas. Incluso si reducimos todas las cifras del movimiento de trenes hacia Treblinka aportadas por los testigos aproximadamente a la mitad, de todos modos, la cantidad de personas transportadas allí en trece meses resultará ser de unos tres millones.

El campo mismo, con sus vallas exteriores, los depósitos de objetos propiedad de los asesinados, el andén y demás edificaciones auxiliares, ocupaba una superficie bastante reducida: 780 por 600 metros. Si por un instante se tiene duda sobre la suerte que corrieron los millones de personas que llegaron aquí y si por un instante se admitiera que los alemanes no los mataron inmediatamente después de su llegada, habrá que preguntarse

dónde se encuentra toda esta gente que podría integrar la población de una nación pequeña o de una de las grandes capitales de Europa. Durante trece meses, es decir durante 396 días, los trenes se marchaban cargados de arena o vacíos, y ni una sola persona de las que llegaron al campo N.° 2 volvió a salir. Ha llegado el momento de formular la severa pregunta: «Caín, ¿dónde están los que trajiste aquí?».

El fascismo no ha conseguido guardar en secreto su monstruoso crimen. Pero no sólo porque miles de personas fueran testigos involuntarios. Hitler, convencido de su impunidad, decidió aniquilar a millones de inocentes en el verano de 1942, en la época de los mayores éxitos de las tropas fascistas. Ahora se puede demostrar que la mayor cantidad de asesinatos perpetrados por los alemanes fueron en 1942. Convencidos de su impunidad, los fascistas mostraron lo que eran capaces de hacer. ¡Ah, si Adolf Hitler hubiera vencido habría podido hacer desaparecer las huellas de todos sus crímenes, habría obligado a callar a todos los testigos, aunque hubieran sido decenas de miles y no solamente miles! Ni uno de ellos habría pronunciado una palabra. Y sin proponérselo uno, se siente el deseo de inclinarse una vez más ante aquellos que en otoño de 1942, ante el silencio del mundo entero, actualmente tan bullicioso y triunfal, sostenían los combates en Stalingrado, sobre los escarpados del Volga, contra el ejército alemán a cuya espalda humeaban y borbotaban ríos de sangre inocente. ¡El Ejército Rojo, ése es el que ha impedido a Himmler guardar el secreto de Treblinka!

Hoy los testigos han hablado y han clamado la tierra y las piedras. Y hoy, ante la conciencia del mundo, ante los ojos de la humanidad, podemos, de manera minuciosa, paso tras paso, atravesar los círculos del infierno de Treblinka, en comparación con el cual, el de Dante resulta un juego inofensivo e inocente de Satán.

Todo lo que se escribe más adelante ha sido tomado de los relatos de testigos que aún viven, de los testimonios de personas que trabajaron en Treblinka desde el primer día de existencia del campo hasta el día 2 de agosto de 1943, cuando los condenados a muerte se sublevaron, prendieron fuego al campo y huyeron al bosque, y de las declaraciones de los guardianes detenidos, quienes confirmaron palabra por palabra, y en

muchos casos completaron, los relatos de los testigos. A estas gentes las he visto yo personalmente, hablé larga y detalladamente con ellas, sus declaraciones escritas están ante mí sobre la mesa, y todos estos numerosos testimonios de diversas fuentes concuerdan entre sí en todos los detalles, empezando por la descripción del perro amaestrado del comandante, *Barí*, y terminando por la descripción de los procedimientos para el asesinato de las víctimas y la construcción del patíbulo en cadena.

Pasemos a través de los círculos del infierno de Treblinka.

¿Quiénes eran las gentes que fueron transportadas en los trenes a Treblinka? Fundamentalmente hebreos y también polacos y gitanos. A mediados de 1942, toda la población judía de Polonia, Alemania y las regiones occidentales de Bielorrusia fue recluida en guetos. En estos guetos de Varsovia, Radom, Chenstojov, Lublin, Bielostok, Grodno y en muchas decenas de otros más pequeños fueron reunidos millones de judíos entre los que había obreros, artesanos, médicos, profesores, arquitectos, ingenieros, maestros, artistas, hombres de profesiones liberales, con sus mujeres, sus hijos, hijas, madres y padres. Sólo en el gueto de Varsovia había cerca de quinientas mil personas. Según parece, este encierro constituía la fase previa y preparatoria del plan hitleriano de aniquilamiento de los hebreos. El verano de 1942, época del éxito militar del fascismo, se consideró como el momento adecuado para la puesta en práctica de la segunda parte del plan fascista de destrucción física de los judíos. Es sabido que Himmler vino por aquel tiempo a Varsovia para dictar las disposiciones correspondientes. Día y noche se trabajaba en la preparación del patíbulo de Treblinka. En el mes de julio ya salieron los primeros trenes de Varsovia y Chenstojov en dirección a Treblinka. A la gente le decían que los llevaban a Ucrania para emplearlos en trabajos agrícolas. Se les autorizaba a llevar consigo veinte kilos de equipaje y productos alimenticios. En muchos casos los alemanes obligaban a sus víctimas a comprarse los billetes de ferrocarril hasta la estación de Ober-Maidan. Con este nombre convencional designaban los alemanes a Treblinka. Resultó que los rumores sobre el horrible lugar pronto se extendieron por toda Polonia y la palabra «Treblinka» dejó de ser empleada por las SS cuando realizaban la carga de gente en los trenes. Sin

embargo, el trato que en ellos se les daba no dejaba duda alguna sobre la suerte que esperaba a los pasajeros. En vagones de carga se amontonaban no menos de ciento cincuenta personas; habitualmente eran ciento ochenta y doscientas. Durante todo el viaje, que a veces se prolongaba dos y tres días, no se daba agua a los detenidos. Los sufrimientos a causa de la sed eran tan grandes que la gente bebía sus propios orines. Los guardianes exigían cien sloti por un sorbo de agua y una vez que habían recibido el dinero era habitual que no se la dieran. Las personas viajaban apretadas unas contra otras, a veces hasta de pie, y en cada vagón, sobre todo en los días sofocantes del verano, al final del viaje habían muerto algunos viejos y enfermos del corazón. Como las puertas no se abrían ni una vez durante el viaje, los cadáveres empezaban a descomponerse y emponzoñaban el aire. Si apenas alguno de los viajeros encendía una cerilla de noche, la guardia abría fuego de fusil contra las paredes del vagón. El barbero Abraham Kohn cuenta que en su vagón hubo muchos heridos y cinco muertos a consecuencia de los disparos de la guardia contra sus paredes.

De manera completamente distinta llegaban a Treblinka los trenes procedentes de los países de la Europa occidental. Allí la gente no había oído hablar del campo y hasta el último minuto creían que se los llevaba al trabajo, e incluso los alemanes les pintaban las comodidades y excelencias de la nueva vida que les esperaba. Algunos trenes llegaron con gente que estaba convencida de que los llevaban al extranjero, a países neutrales. Mediante elevadas sumas se les proveía por parte de las autoridades alemanas del visado para el paso de la frontera y de pasaportes extranjeros.

En una ocasión llegó a Treblinka un tren con ciudadanos de Inglaterra, Canadá, Estados Unidos y Australia a los que la guerra había sorprendido en Polonia y otros países de Europa. Después de largas gestiones acompañadas de la entrega de grandes sobornos consiguieron el visado para salir a los países neutrales. Durante todo el viaje a través de los países europeos fueron sin escolta, con el personal de servicio habitual. Estos trenes incluían vagones cama y vagón restaurante. Los pasajeros llevaban consigo voluminosos cofres y maletas, así como grandes reservas de

productos alimenticios. Los niños bajaban a las estaciones intermedias y preguntaban si estaba próxima la de Ober-Maidan.

Arribaban de vez en cuando vagones de gitanos desde Besarabia y desde otras regiones. Algunas veces llegaban trenes cargados de jóvenes polacos, campesinos y obreros, que habían tomado parte en las sublevaciones y los destacamentos de guerrilleros.

Es difícil decir qué es más terrible, si ir a la muerte en medio de horribles sufrimientos, conociendo su inminencia, o, con un completo desconocimiento de la propia perdición, estar mirando por la ventanilla de un vagón de primera clase al tiempo mismo que se telefonea desde la estación de Treblinka al campo de concentración comunicando los datos sobre la llegada del tren y la cantidad de personas que en él viajan.

Para pergeñar el último engaño a las gentes que llegaban desde Europa, incluso el ramal de vía férrea que conducía al campo de la muerte estaba acondicionado con la apariencia de una estación para pasajeros. Junto al andén donde se descargaban los veinte vagones de turno se erguía un edificio de estación con taquillas, consigna para los equipajes, salas restaurantes; por todas partes podían verse flechas indicadoras con letreros que decían: «A Bielostok», «A Baránovichi», «A Volkovisk», etc. A la llegada de cada tren a la estación, una orquesta, cuyos componentes iban bien vestidos, interpretaba diversas piezas musicales. Un portero con uniforme de empleado de ferrocarriles recogía los billetes a los pasajeros y les dejaba pasar hasta la plaza. Tres o cuatro mil personas cargadas con bultos y maletas, sosteniendo a los ancianos y a los enfermos, irrumpían en esta plaza. Las madres llevaban a sus hijos en brazos, los niños mayores se apretaban contra sus padres y miraban con curiosidad la plaza. Algo alarmante y terrible había en este lugar que había sido pisoteado por millones de pies humanos. La mirada escrutadora de la gente bien pronto captaba pequeños detalles alarmantes. Sobre el suelo barrido a la ligera, sin duda minutos antes de la llegada del contingente, se veían tirados algunos objetos como paquetes con ropa, maletas abiertas, brochas de afeitar, cacerolas esmaltadas. ¿Cómo habían ido a parar allí? ¿Y por qué inmediatamente al final del andén de la estación terminaba la línea férrea,

crecía una hierba amarillenta y se levantaba una alambrada de tres metros? ¿Dónde pues se encontraba el camino a Bielostok, a Sedlets, a Varsovia, a Volkovisk? ¿Y por qué se reían de una manera tan rara y sardónica los nuevos guardianes al observar a los hombres que se arreglaban las corbatas, a las viejecitas pulcras, a los niños con trajecitos de marinero, a las muchachas espigadas que se las ingeniaron para conservar limpios sus vestidos durante este viaje, a las madres jóvenes que amorosamente arreglaban las mantas en que llevaban envueltos a sus hijitos? Todos estos guardianes uniformados de negro y los suboficiales de las SS se parecían a los que arrean al ganado a la entrada del matadero. Para ellos, los recién llegados no eran personas vivas, y se sonreían involuntariamente al observar las muestras de pudor, de amor, de miedo, de preocupación por las personas allegadas o por los enseres; les hacía gracia que las madres riñeran a sus hijos por haberse alejado algunos pasos, que les arreglaran los vestiditos, que los hombres se secasen la frente con un pañuelo de bolsillo y que fumaran cigarrillos con avidez, que las muchachas pusieran en orden sus cabellos y que con susto se sujetaran las faldas cuando soplaban ráfagas de viento. Les producía risa que los viejos trataran de sentarse en los maletines, que algunos llevaran libros bajo el brazo y que los enfermos se abrigaran el cuello. Diariamente pasaban por Treblinka hasta veinte mil personas. Los días que salían de la estación seis o siete mil se consideraban como días de poco trabajo. Cuatro o cinco veces por día la plaza se llenaba de gente. Y todos estos miles, decenas de miles, centenares de miles de personas que preguntaban con ojos asustados, todos estos rostros jóvenes y viejos, bellezas morenas y de cabellos dorados, viejos calvos, jorobados y encorvados y tímidos adolescentes, todos se unían formando un torrente único que se tragaba el talento, la admirable ciencia humana, el amor juvenil, la perplejidad infantil, la tos de los viejos y el corazón del hombre.

Y de nuevo los recién llegados percibían temblorosos lo rara que era esta mirada irónica, contenida y harta, mirada de superioridad de la bestia viva sobre el hombre muerto.

Y nuevamente, en estos breves instantes, los que llegaban a la plaza captaban unos detalles incomprensibles y que provocaban inquietud.

¿Qué es lo que había allí, tras el enorme muro de seis metros de altura, cubierto por completo de mantas, de edredones y de ramas de pino que comenzaban a amarillear? Las mantas y edredones también les causaban alarma: de distintos colores, de seda, de tela estampada, recordaban a los que cubrían las camas de los recién llegados. ¿Cómo habían venido a parar aquí? ¿Quién los había traído? ¿Y dónde se encontraban los dueños de estas mantas? ¿Por qué ya no las necesitaban? ¿Y quiénes eran esos hombres con brazaletes azules? Viene a la imaginación todo lo meditado en los últimos momentos, las inquietudes, los rumores transmitidos al oído. ¡No, no, no puede ser! Y el hombre aparta de sí la terrible idea. La alarma continúa durante algunos instantes, acaso dos o tres minutos, hasta que todos los recién llegados tienen tiempo de salir del andén. Esta salida siempre se hace con retraso porque en cada contingente hay inválidos, cojos, viejos y enfermos que apenas pueden valerse de sus piernas. Pero ya están todos en la plaza. Un *Unterscharführer* (brigada de tropas de las SS) ordena en voz alta y clara a los recién llegados que dejen sus bultos en la plaza y se dirijan al baño, conservando solamente los documentos personales, los objetos de valor y unos pequeños paquetes con lo necesario para el baño. Surgen en la mente decenas de preguntas: si llevar ropa limpia, si se pueden deshacer los equipajes, si no se confundirán las cosas dejadas en la plaza, si no se perderán. Pero una extraña fuerza obliga a las gentes a guardar silencio, a andar deprisa, a no hacer preguntas, a no quedarse mirando atrás, a dirigirse hacia el paso abierto en la alambrada de seis metros de altura enmascarada con ramas. Marchan junto a erizos antitanques, junto a una alambrada de espino tres veces más alta que un hombre, junto a una zanja antitanque de tres metros de ancho, otra vez junto a unos rollos de delgado alambre de acero esparcidos por el suelo y otra vez junto al muro de muchos metros de alto cubierto de alambre espinoso. Una terrible sensación de predestinación y de desamparo se apodera de ellos: no es posible huir ni volverse atrás, ni luchar; desde unas bajas y achatadas torretas de madera les observan los cañones de unas ametralladoras de grueso calibre. ¿Pedir socorro? ¡Si alrededor no hay más que SS y guardianes con automáticos, granadas de mano y pistolas! ¡Ellos son los amos! En sus manos están los tanques y la

aviación, la tierra, las ciudades, el cielo, los ferrocarriles, las leyes, los periódicos, la radio. Todo el mundo calla, agobiado, subyugado por la pandilla parda de bandidos que se han hecho con el poder. Únicamente allá, a muchos miles de kilómetros, la artillería soviética dispara en la lejana rivera del Volga, anunciando tenazmente la decidida voluntad del pueblo ruso, en guerra a muerte por la libertad; llama y despierta a los pueblos del mundo para la lucha.

Y en la plaza frente a la estación, dos centenares de obreros con brazaletes de color azul celeste («el grupo celestial»), en silencio, con rapidez y habilidad, desatan los lazos, abren los bultos y maletas, sueltan las correas de los portamantas. Se procede a una clasificación y valoración de los objetos dejados un instante antes por el contingente que acaba de llegar. Se arrojan al suelo útiles de costura cuidadosamente empaquetados, ovillos de hilo, trajecitos de niño, camisas de mujer, sábanas, jerséis, tijeras, maquinillas de afeitar, cartas, fotografías, dedales, frascos de perfume, espejos, cofias, zapatos, botas de abrigo hechas de mantas guateadas en previsión del frío, zapatos de señora, medias, puntillas, pijamas, paquetes de mantequilla, café, botes de cacao, hábitos, candelabros, libros, galletas, violines, rompecabezas infantiles. Es necesario estar especializado para, en sólo contados minutos, clasificar todos estos miles de objetos, valorarlos y separarlos, unos para enviarlos a Alemania, otros, de mala calidad, viejos o remendados, para ser quemados. ¡Ay del obrero que colocara una maleta vieja de fibra en el montón de maletines de cuero apartados para su envío a Alemania, o del que arrojase al montón de medias viejas zurcidas un par de medias de París con el marchamo de fábrica! Un obrero puede equivocarse una vez, pero no le es posible hacerlo dos. Cuarenta SS y sesenta vigilantes trabajaban en el «transporte», que así se llamaba en Treblinka la primera fase que acabamos de describir: llegada del tren, salida del contingente a la «estación» y a la plaza, vigilancia sobre los obreros que clasificaban y valoraban los objetos. Mientras realizaban este trabajo, con frecuencia los obreros, sin ser vistos por la guardia, se echaban a la boca un pedazo de pan, de azúcar, un bombón, encontrado en los paquetes de productos alimenticios. Tal cosa les estaba prohibida. Se les permitía al terminar el

trabajo lavarse las manos y la cara con agua de colonia y perfumes porque en Treblinka no había agua suficiente y sólo estaban autorizados a lavarse con ella los alemanes y los guardianes. Y mientras la gente todavía viva se preparaba para el baño, el trabajo llevado a cabo con sus objetos llegaba a su fin, los valorados eran llevados al almacén y las cartas, fotografías de niños recién nacidos, de hermanos, novias, amarillentas notificaciones de bodas, todos estos miles de valiosos objetos enormemente queridos para sus dueños y que eran sólo basura para los dueños de Treblinka se reunían en montones y se arrojaban a una zanja enorme en cuyo fondo había centenares de miles de análogas cartas, tarjetas postales, de visita, fotografías, papelitos con retorcidas letras de niño y los primeros y torpes dibujos infantiles hechos con lápices de colores. Se limpiaba mal que bien la plaza y quedaba preparada para la recepción de una nueva partida de condenados.

No siempre la llegada del contingente se desarrollaba como acabamos de describir. Cuando los detenidos sabían adónde se les llevaba, se producían desórdenes. El campesino Skrzheminski vio cómo desde dos trenes, después de romper las portezuelas, salían personas que arrollaban a los guardianes y se lanzaban corriendo hacia el bosque. En ambos casos, absolutamente todos fueron muertos a tiros de automático. Unos hombres llevaban consigo cuatro niños de entre cuatro y seis años de edad que también fueron muertos. La campesina Mariana Kobus cuenta también de casos semejantes de lucha con los guardias. En una ocasión, ante sus propios ojos, mientras estaba trabajando en el campo, fueron muertas sesenta personas que se escapaban desde el tren hacia el bosque...

Ya pasa el contingente a otra plazoleta que se hallaba en el interior del segundo recinto del campo. En ella se elevaba una enorme barraca y a la derecha otras tres, dos de ellas destinadas a almacén de ropas y la tercera de calzado. Más lejos, en la parte occidental, se encontraban los barracones de los SS, los de los guardianes, depósitos de víveres, el corral del ganado, automóviles ligeros y camiones, un coche blindado. La impresión era la de un campo corriente, análogo al campo N.° 1.

En el ángulo sureste del patio del campo de concentración había una zona aislada por medio de ramas y delante de ella una garita con la inscripción «Lazareto». A todos los lisiados y a los gravemente enfermos se los separaba de la multitud que esperaba para ir al baño y se les llevaba en camillas al lazareto. De la cabina salía a recibir al enfermo un «doctor» vestido con una bata blanca y con un brazalete con la cruz roja en el brazo izquierdo. De lo que pasaba en el lazareto hablaremos más adelante.

La segunda fase de la conducción del contingente recién llegado se caracterizaba por el quebrantamiento de la voluntad de la gente por medio de órdenes ininterrumpidas breves y rápidas, proferidas en el tono del que tanto se ufana el ejército alemán: su timbre constituía una de las «demostraciones» de que los alemanes pertenecen a la raza de los señores. La letra R, a un tiempo gutural y dura, suena como un látigo.

«Achtung!» (¡Atención!) se exclama dirigiéndose a la multitud, y en medio del silencio de plomo, la voz del *Scharführer* pronuncia las palabras aprendidas a fuerza de repetirlas varias veces al día durante muchos meses seguidos.

–¡Los hombres se quedan donde están y las mujeres y niños van a desnudarse a las barracas de la izquierda!

Según cuentan los testigos, era corriente que se produjeran entonces unas escenas terribles. El amor maternal, conyugal y filial le decía a la gente que era la última vez que iban a verse unos a otros. Apretones de manos, besos, despedidas, lágrimas, breves palabras con las que las personas expresan todo el amor, todo el dolor, toda la ternura... Los SS, psiquiatras de la muerte, saben que es preciso ahogar estos sentimientos instantáneamente, hacerlos desaparecer. Los psiquiatras de la muerte conocen las sencillas leyes a las que se someten todos los mataderos de reses en el mundo y que en el de Treblinka se adoptaban con la gente. Éste es uno de los momentos más críticos, el de la separación de las hijas de sus padres, de las madres de los hijos, de las abuelas de los nietos, de los maridos de sus mujeres.

Y de nuevo resuena en la plaza: *«Achtung! Achtung!»*. Precisamente en este momento era necesario enturbiar la razón de la gente, espolvorearla de

esperanza ofreciéndole las reglas de la muerte como si fueran reglas de la vida. La misma voz dejaba caer palabra por palabra:

–Que las mujeres y los niños se quiten el calzado al entrar en la barraca. Las medias que se metan en los zapatos. Los calcetines de los niños deben colocarse en las sandalias, botitas y zapatitos. ¡Sed ordenados!

E, inmediatamente, la misma voz:

–Al dirigirse al baño hay que llevar consigo los objetos de valor, los documentos, el dinero, toalla y jabón... Repito...

En el interior de la barraca hay una peluquería para mujeres en la que las pelan con máquina y donde a las viejas les quitan las pelucas. ¡Singular momento psicológico! Este pelado para la muerte, según contaban los peluqueros, era lo que más afianzaba a las mujeres en la creencia de que se las conducía al baño. Las muchachas, al palparse la cabeza, rogaban a veces: «Aquí no le ha quedado igualado, haga el favor de pasarme la máquina otra vez». Por lo general, después del corte del cabello las mujeres se tranquilizaban y casi todas salían de la barraca llevando un pedazo de jabón y una toalla plegada. Algunas jóvenes lloraban por sus hermosas trenzas.

¿Para qué pelaban a las mujeres? ¿Para engañarlas? No, estos cabellos eran necesarios para su utilización en Alemania.

Eran materia prima. He preguntado a muchas personas qué hacían los alemanes con estos montones de pelo arrancados de las cabezas de los muertos vivos. Todos los testigos cuentan que enormes cantidades de cabellos negros, dorados, rubio claro, bucles y trenzas eran sometidos a desinfección, se prensaban en sacos y se enviaban a Alemania. Todos los testigos confirmaron que estos sacos llevaban direcciones alemanas. ¿Para qué los utilizaban? A esta pregunta nadie pudo contestar. Únicamente en los testimonios escritos de Kohn se asegura que quien demandaba este cabello era el Departamento de la Marina de Guerra, que lo utilizaba para llenar colchones, confeccionar dispositivos técnicos y para el trenzado de cables de los submarinos.

Opino que esta declaración precisa de una confirmación complementaria que habrá de dar a la humanidad el primer almirante

Raeder, que en 1942 se encontraba al frente de la flota de guerra alemana.

Los hombres se desnudaban en el patio. Del primer contingente llegado por la mañana había sido separado un grupo compuesto por entre cincuenta y trescientos hombres de los más fuertes; éstos eran destinados al enterramiento de los cadáveres y habitualmente los mataban al día siguiente. Los hombres debían desnudarse muy deprisa, pero tenían que colocar cuidadosamente el calzado, los calcetines, la ropa interior, las chaquetas y los pantalones. La clasificación de los objetos la hacía un segundo grupo de obreros, el grupo «rojo», que se diferenciaba de los que trabajaban en el «transporte» en que los brazaletes que llevaban eran de este color. Los objetos que se consideraban de suficiente valor para ser enviados a Alemania eran remitidos desde allí al almacén. Con todo cuidado se les arrancaban todas las iniciales metálicas o de tela. Los demás objetos se quemaban o se enterraban en zanjas.

La sensación de peligro aumentaba de continuo. Hería el olfato un hedor terrible que se entremezclaba con el olor de cal clorhídrica. Resultaba extraña la presencia de una cantidad incomprensiblemente grande de moscas cebadas e impertinentes en aquel lugar, en medio de los pinos. La gente respiraba con fuerza e inquietud, miraba a todos lados, se fijaba en cualquier detalle insignificante que pudiera aclarar, poner de manifiesto, levantar la cortina de misterio que ocultaba su propia suerte. ¿Y por qué allí, por la parte sur, se oía el estruendo de una excavadora gigante?

Comenzaba una nueva fase. Se empujaba a la gente desnuda hacia unas ventanillas y se les conminaba a entregar los documentos y objetos de valor. Y de nuevo la terrible voz hipnotizante que gritaba: «*Achtung! Achtung! Achtung!*... ¡Pena de muerte a quienes oculten objetos de valor!».

El *Scharführer* estaba sentado en una pequeña caseta de tablas. Le rodeaban algunos SS y guardianes que permanecían en pie. Junto a la caseta había unos cajones de madera en los que se echaban los objetos de valor: uno para los billetes, otro para las monedas y un tercero para los relojes, anillos, pendientes, broches con piedras preciosas, brazaletes... Y los documentos, que ya no eran necesarios para nadie en el mundo, cubrían el suelo; documentos pertenecientes a muertos en vida que una hora después

iban a yacer amontonados en una zanja. Sin embargo, el oro y los objetos de valor eran sometidos a una cuidadosa clasificación: decenas de tasadores determinaban la pureza del metal, el valor de las piedras, la pureza de los brillantes.

Y ¡cosa asombrosa! Las bestias lo utilizaban todo: el cuero, el papel, los tejidos, todo lo que sirve al hombre era necesario y útil para las bestias; únicamente el valor más grande que existe en el mundo, la vida, era pisoteado. ¡Y cuántos grandes talentos, cuántos almas honradas, cuántos ojos hermosos de niños, cuántos tiernos rostros de viejecitas, cuántas cabezas espléndidamente hermosas de muchachas en cuya formación la naturaleza trabajó durante montones de siglos se precipitaban en el abismo de la nada formando un enorme torrente silencioso! Bastaban unos segundos para destruir la vida que el mundo y la naturaleza habían creado con enorme y penoso esfuerzo.

Aquí, junto a las ventanillas de «las cajas», se producía la crisis; aquí terminaba el tormento de la mentira que mantenía a la gente en la hipnosis de la ignorancia, en un estado febril, y que les hacía pasar en unos minutos de la esperanza a la desesperación, de la visión de la vida a la visión de la muerte. Este tormento de la mentira era uno de los elementos del cadalso en cadena que ayudó a los SS en su trabajo. Y cuando llegaba el último acto del pillaje a los vivos muertos, los alemanes cambiaban bruscamente el estilo empleado con sus víctimas. Se apoderaban de los anillos rompiendo los dedos a las mujeres y arrancaban los pendientes desgarrando los lóbulos de las orejas.

En la última etapa del matadero en cadena se exigía, para la rapidez de su funcionamiento, un nuevo principio, y por esto la palabra *Achtung* se sustituía por otra restallante y sibilante:

«Schneller! Schneller!» (¡Más deprisa! ¡Más deprisa!) ¡A paso ligero hacia la muerte!

La cruel experiencia de estos últimos años nos ha enseñado que el hombre desnudo pierde instantáneamente la capacidad de resistir, deja de luchar contra su suerte; junto con su ropa pierde el instinto de vivir y acepta su suerte como un destino fatal. El impaciente y sediento de vida se

convierte en un ser pasivo. Pero para asegurarse, los SS adoptaban por añadidura, en la última etapa del trabajo en el matadero, el método de un aturdimiento monstruoso, sumían a la gente en un estado de abatimiento psicológico.

¿Cómo se lograba?

Adopción instantánea y brusca de crueldades ilógicas y sin sentido. Los hombres desnudos a quienes se había despojado de todo –pero que se obstinaban tenazmente en seguir siendo mil veces más numerosos que los seres que los rodeaban y que iban vestidos con uniforme del ejército alemán– seguían respirando, miraban, pensaban, sus corazones todavía latían. Les quitaban de las manos los pedazos de jabón y las toallas, y les hacían formar en columnas de cinco hombres.

–«*Hände hoch! Marsch! Schneller! Schneller!*» (¡Manos arriba! ¡Andando! ¡Más deprisa! ¡Más deprisa!)

Entraban en una avenida recta bordeada de flores y de abetos que medía ciento veinte metros de largo y dos de ancho, y que conducía al lugar del suplicio. A ambos lados de esta avenida había unas alambradas espinosas, así como una fila de guardianes vestidos con uniformes negros y de SS con uniformes grises que permanecían hombro con hombro. El camino estaba cubierto de arena blanca y los que marchaban en primer lugar con las manos en alto veían en esta arena esponjosa las huellas frescas de pies descalzos, unas pequeñas, femeninas, otras minúsculas, de niño, otras pesadas, de personas viejas. Estas huellas tan imprecisas marcadas en la arena eran todo lo que quedaba de miles de personas que hacía poco tiempo habían pasado por este camino de igual manera a como ahora pasaban las nuevas cuatro mil, y a como pasarían dos horas más tarde otros miles que esperaban su turno en el ramal de ferrocarril del bosque. Pasaban igual que ayer y que diez días atrás, como pasarían a la mañana siguiente y dentro de cincuenta días, como pasó la gente durante los trece meses de existencia del infierno de Treblinka.

Los alemanes llamaban a esta avenida «el camino sin regreso».

Un antropoide apellidado Sujomil gritaba al tiempo que hacía gestos y muecas y deformaba intencionadamente las palabras alemanas:

–¡Niños, niños, deprisa, deprisa, el agua del baño se enfría! ¡Más deprisa, niños, más deprisa! –decía, y luego soltaba una carcajada, se ponía en cuclillas y hacía movimientos de danza.

La gente con las manos en alto marchaba en silencio, entre dos filas de guardianes, mientras recibía culatazos y golpes propinados con varas de goma. Los niños, que apenas podían seguir el paso de los mayores, corrían. En este último y doloroso camino, todos los testigos señalan la ferocidad de un monstruo, el SS Zepf. Se había especializado en el asesinato de niños. Dotado de una enorme fuerza, este antropoide agarraba bruscamente a un niño de la multitud y, o bien lo enarbolaba como una maza y golpeaba su cabeza contra el suelo, o bien lo partía por la mitad.

Yo oí lo que se contaba de esa bestia, por lo visto nacida del vientre de una mujer, y me parecía increíble e inverosímil lo que de él se decía. Pero cuando unos testigos visuales me lo confirmaron personalmente, cuando oí que hablaban de ello como de uno de los detalles que cuadraba y que no se contradecía con el régimen general del infierno de Treblinka, creí en la posibilidad de su existencia.

La actuación de Zepf era necesaria: provocaba el shock psicológico de los condenados y constituía también una manifestación más de la crueldad ilógica que aniquilaba la voluntad y la conciencia. Era un tornillito útil y necesario de la enorme máquina del Estado fascista.

Lo que debe llenarnos de horror no es que la naturaleza críe semejantes degenerados, pues no son pocos los monstruos que existen en el mundo orgánico: cíclopes, seres con dos cabezas y las correspondientes perversiones y monstruosidades espirituales. Lo terrible es otra cosa: que estos seres que deberían estar aislados, que deberían ser estudiados como fenómenos de la psiquiatría, en cierto Estado sean considerados ciudadanos normales y activos. Su ideología delirante, su psique patológica, sus increíbles crímenes son elementos necesarios para el Estado fascista. Miles, decenas de miles, centenares de miles de seres semejantes constituyen el apoyo, la base de la Alemania hitleriana. Vestidos de uniforme, con armas, con condecoraciones imperiales, estos seres fueron durante años enteros los dueños absolutos de la vida de los pueblos de Europa. Hay que horrorizarse

de la existencia no de éstos, sino del Estado que los sacó de los escondrijos, de las tinieblas, del subsuelo, y que los hizo necesarios, útiles e insustituibles en Treblinka, cerca de Varsovia; en Maidánek, cerca de Lublin; en Belzec, en Sobibor, en Osvéntsim, en Babi Yar, en Domanevka, cerca de Odesa; en Trostianets, junto a Minsk; en Ponari, en Lituania; en decenas y centenares de cárceles, campos de trabajo forzados, campos penitenciarios y campos de exterminio.

Uno u otro tipo de Estado no le cae a la gente desde el cielo: la actitud material e ideológica de los pueblos es la que engendra el orden estatal. Y es en esto en lo que se debe pensar de verdad y por lo que de verdad debe uno horrorizarse...

El camino desde las «ventanillas de las cajas» hasta el lugar de la ejecución duraba entre dos y tres minutos. Azotada y aturdida por los gritos, la gente llegaba a una tercera plaza y por un instante se detenía sorprendida. Ante ellos se elevaba un bello edificio de piedra, decorado con maderas talladas y construido al estilo de un viejo templo. Cinco amplios escalones de cemento conducían a unas puertas bajas, muy amplias, sólidas y bellas. A la entrada crecían flores plantadas en tiestos. Pero alrededor reinaba el caos: por todas partes se veían montañas de tierra fresca, recién removida, una excavadora gigantesca arrojaba con sus pinzas rechinantes de acero toneladas de tierra arenosa amarilla, y el polvo levantado por su trabajo se interponía entre la tierra y el sol. El ruido de la colosal máquina que cavaba desde la mañana hasta la noche unas enormes fosas se entremezclaba con los furiosos ladridos de decenas de perros policía alemanes.

De ambos lados del edificio de la muerte salían unas líneas de vía estrecha por las que unas personas con amplios monos empujaban unas vagonetas reversibles.

Las anchas puertas se abrían lentamente y dos ayudantes de Schmidt, jefe del edificio de la muerte, aparecían en la entrada. Eran unos sádicos y unos monomaniacos; uno era alto, de unos treinta años, anchas espaldas, rostro cetrino, sonriente y alegremente excitado, y cabellos negros; el otro era más joven, de corta estatura, castaño, con mejillas amarillentas como si

acabara de tomar una fuerte dosis de acriquina. Los nombres y apellidos de estos traidores a la humanidad son conocidos por todos.

El más alto sostenía en la mano un grueso tubo de conducción de gas de un metro de largo y una fusta; el segundo estaba armado con un sable.

En ese momento los SS soltaban a unos perros amaestrados que se arrojaban sobre la multitud y clavaban sus dientes en los cuerpos desnudos de los condenados. Los SS, con gritos salvajes, a culatazos, arreaban a las mujeres aterrorizadas y que permanecían petrificadas.

En el interior del edificio actuaban los ayudantes de Schmidt, que empujaban a la gente hacia las puertas abiertas de la cámara de gas.

En este instante aparecía junto al edificio uno de los comandantes de Treblinka, Kurt Franz, que llevaba cogido del collar a su perro *Bari*. El amo lo había amaestrado especialmente para que se arrojara sobre los condenados y les arrancara de un mordisco los órganos sexuales. Kurt Franz hizo en el campo una buena carrera: empezó como suboficial de tropas de las SS y alcanzó el grado, bastante alto, de *Untersturmführer*. Este SS, de unos treinta y cinco años, alto, delgado, poseía una capacidad poco habitual para organizar el funcionamiento de este lugar de ejecución en cadena; no solamente adoraba su servicio: no concebía la vida fuera de Treblinka, donde nada escapaba a su vigilancia incansable; era en cierto modo un teórico, le gustaban las generalizaciones y se complacía en aclarar sus pensamientos y la importancia de su trabajo. Habría sido deseable que en esos minutos terribles aparecieran en el edificio de «gasificación» el Papa de Roma, mister Breilsford y todos los demás defensores humanitarios del hitlerismo, naturalmente en calidad de espectadores.

Hubieran podido enriquecer sus sermones humanitarios, sus libros y los artículos con nuevos argumentos. El Santo Padre, que guardaba un silencio tan benévolo mientras Himmler asesinaba a la humanidad, habría podido calcular en cuántas partidas podían los alemanes hacer pasar por Treblinka a toda la administración del Vaticano. ¡Grande es la fuerza del humanitarismo, que no muere mientras no muere el hombre! Y cuando llega el corto pero terrible momento de la victoria de la bestia sobre el hombre, éste conserva hasta el último suspiro tanto la fuerza de su propia

alma como la claridad de pensamiento y el calor del amor. Y la bestia que mata al hombre sigue siendo, como antes, una bestia, aunque victoriosa. En esta fuerza inmortal de alma de las gentes hay un martirio sombrío, el triunfo del hombre que muere sobre la bestia viva. Los días más duros de 1942 constituyeron la aurora de la victoria de la inteligencia sobre la locura feroz, del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas, de las fuerzas del progreso sobre las fuerzas de la reacción. Terrible aurora sobre campos de sangre y de lágrimas y abismos de sufrimiento, aurora recibida con los sollozos de las madres y de los niños que perecían, con los estertores de la muerte de los viejos. Las bestias y la filosofía de las bestias predecían el ocaso del mundo, de Europa, pero las personas seguían siendo personas, no aceptaban la moral y las leyes del fascismo, combatían contra él por todos los medios, entre ellos con su propia muerte como personas.

Emocionan hasta lo más profundo del alma, quitan el sueño y la tranquilidad los relatos sobre cómo los cadáveres vivientes de Treblinka conservaban hasta los últimos minutos, no ya la apariencia, sino el alma humana; relatos sobre mujeres que intentaban salvar a sus hijos y que para ello llevaban a cabo grandes hazañas en vano, madres jóvenes que cubrían a sus hijos con sus propios cuerpos; nadie conoce y nadie conocerá ya nunca los nombres de estas madres. Nos han hablado de niñas de diez años que consolaban con su prudencia ingenua a sus madres, que lloraban desesperadas; de un niño que gritó a la entrada de la cámara de gas: «¡Los rusos nos vengarán, mamá, no llores!». Nadie conoce y nadie conocerá nunca los nombres de estos niños. Nos han hablado de decenas de personas condenadas que se enfrentaron con sus manos desnudas a jaurías de SS armados con automáticos y granadas, y de los que perecían en pie con los pechos atravesados por decenas de balas. Nos contaron de un hombre joven que clavó un cuchillo a un oficial de las SS, de un joven traído del gueto sublevado de Varsovia que consiguió esconder milagrosamente de los alemanes una granada y que la arrojó, estando ya desnudo, en medio de una multitud de verdugos. Se habla sobre los combates que se prolongaron toda la noche entre un grupo sublevado de condenados y destacamentos de guardianes y de SS. Los disparos y las explosiones de las granadas

resonaron hasta la mañana y cuando apareció el sol, toda la plaza estaba cubierta por los cuerpos de los combatientes muertos, y junto a cada uno de ellos descansaba su arma: un palo arrancado de la empalizada, un cuchillo, una navaja de afeitar. Mientras la Tierra exista, ya nadie sabrá nunca los nombres de los caídos. Se habla de una muchacha alta que en el «camino sin regreso» arrancó la carabina de manos de un vigilante y combatió contra decenas de SS que disparaban contra ella. Dos bestias fueron muertas en este combate y otra acabó con una mano destrozada. Ha quedado manco. Fue terrible el ensañamiento y el martirio a que sometieron a la muchacha. Su nombre no se conoce y nadie honrará su memoria.

Pero ¿será así en efecto? El hitlerismo le quitó a esta gente la casa y la vida y quiso borrar sus nombres del recuerdo del mundo. Pero todos ellos, tanto las madres que cubrían con su cuerpo a sus hijos como los niños que se secaban las lágrimas ante sus padres y aquellos que lucharon con cuchillos y arrojaron granadas y que cayeron en el combate nocturno, y la muchacha desnuda, parecida a las diosas de la antigua Grecia que luchaban solas contra decenas, todos ellos sumidos en la nada, conservaron eternamente el mejor de los nombres, el que no podrá hundir en la tierra la jauría de los esbirros de Hitler y Himmler: la denominación de «hombres». En su monumento la historia escribirá: «Aquí duerme un hombre».

Los habitantes de la aldea de Vulka, la más próxima a Treblinka, cuentan que algunas veces los gritos de las mujeres asesinadas eran tan espantosos que todo el pueblo huía despavorido a los lejanos bosques para no oír los alaridos penetrantes que desgarraban el cielo y la tierra. Más tarde el grito se apagaba de pronto y de nuevo surgía bruscamente, espantoso, penetrante, calaba hasta los huesos, en el cráneo, en el alma. Esto se repetía hasta tres o cuatro veces por día.

Pregunté a uno de los verdugos capturados, Sh., sobre estos gritos. Aclaró que las mujeres gritaban en el instante en que soltaban a los perros y empujaban al edificio de la muerte a todo el grupo condenado. «Veían la muerte; además estaban muy apretadas, se las apaleaba terriblemente y los perros las destrozaban.»

Un silencio inesperado se producía cuando cerraban las puertas de las cámaras. El grito de las mujeres se elevaba de nuevo al ser conducido a la cámara de gas un nuevo grupo. Esto se repetía dos, tres, cuatro y en ocasiones cinco veces por día. Pues el cadalso de Treblinka no era un cadalso sencillo: era un lugar de ejecución en cadena, método adoptado por la producción industrial contemporánea.

Y de igual manera que un verdadero conglomerado industrial, Treblinka no surgió de pronto tal y como ahora la describimos. Creció paulatinamente, se desarrolló, creó nuevos «talleres». Al principio se construyeron tres cámaras de gas de dimensiones no muy grandes. Durante su montaje llegaron algunos trenes y como las cámaras no estaban todavía preparadas, todos los recién llegados fueron asesinados con arma blanca: hachas, martillos y mazas. Los SS no querían descubrir el trabajo de Treblinka a los ojos de los que vivían en los alrededores, y por ello evitaban los disparos.

Las primeras tres cámaras de cemento tenían unas dimensiones pequeñas, de cinco por cinco metros, es decir, disponían de una superficie de veinticinco metros cuadrados cada una. Su altura era de ciento noventa centímetros. En cada una de ellas había dos puertas: por una entraban las personas vivas y la segunda servía para la extracción de los cadáveres de los «gaseados». Esta segunda puerta era muy ancha, medía unos dos metros y medio de un lado a otro. Las cámaras habían sido construidas juntas, con los mismos cimientos. Estas tres cámaras no satisfacían las exigencias de Berlín respecto a la potencia del cadalso en cadena. Inmediatamente se comenzó la construcción del edificio descrito más arriba. Los directores de Treblinka se enorgullecían de que éste dejaba muy atrás, por su potencia, por su capacidad de recepción y por la superficie «productora» de las cámaras, a todas las fábricas de muerte de la Gestapo, tanto de Maidánek, como de Sobibor y Belzec.

Setecientos detenidos se ocuparon durante cinco semanas de la construcción del edificio del nuevo combinado de la muerte. En el momento álgido de los trabajos llegó desde Alemania un maestro con su equipo y procedió al montaje. Las nuevas cámaras, en número total de diez,

se extendían de manera simétrica a ambos lados de un amplio corredor de cemento. En cada una de las cámaras, de igual manera que en las tres que las antecedieron, había dos puertas, la primera, que daba al corredor, por la que se metía a la gente viva, y la otra abierta en el muro opuesto que servía para la extracción de los cadáveres de los «gaseados». Estas puertas daban a una de las dos plataformas especiales colocadas simétricamente a ambos lados del edificio. Hasta la plataforma llegaban unas líneas de vía estrecha. De esta manera los cadáveres caían por sí solos a la plataforma y desde ahí, inmediatamente después, se los cargaba en vagonetas y se los llevaba a la enorme fosa que día y noche se dedicaba a abrir la colosal excavadora. El suelo de las cámaras estaba construido con una gran pendiente desde el corredor hasta la plataforma, lo que aceleraba mucho el trabajo de descarga. En las cámaras viejas se descargaban los cadáveres de manera primitiva. Se los llevaban en angarillas y los arrastraban con correas. La superficie de cada cámara era de siete por ocho metros, es decir, de 56 metros cuadrados. La superficie total de las nuevas diez cámaras alcanzaba 560 metros cuadrados, y si se contaba también la superficie de las tres cámaras viejas que continuaban trabajando cuando llegaban partidas pequeñas, Treblinka disponía de una superficie productora de muerte de 635 metros cuadrados. En una cámara se metía al mismo tiempo a cuatrocientas o quinientas personas. De tal manera, después de la carga completa de las diez cámaras, se mataba por término medio a cuatro mil quinientas personas de una vez.

La carga media de las cámaras del infierno de Treblinka era por lo menos de dos a tres veces por día (hubo días en que fueron cargadas hasta seis veces). Si reducimos deliberadamente las cifras podemos considerar que, si se cargaban dos veces al día, sólo en las cámaras nuevas se mataba en Treblinka cerca de diez mil personas por día y alrededor de trescientas mil al mes. Treblinka trabajó diariamente durante trece meses, pero incluso si descontamos noventa días entre las reparaciones y la llegada de un número de trenes menor del previsto, resulta que Treblinka funcionó durante diez meses completos. Si cada mes pasaron por término medio trescientas mil personas, en diez meses se mató en Treblinka a tres millones de seres humanos.

Nuevamente hemos venido a parar a la cifra de tres millones. La primera vez llegamos a ella mediante un cálculo disminuido intencionadamente de los trenes que llegaron.

El proceso de asfixia en la cámara se prolongaba entre diez y veinticinco minutos. Al principio, cuando se pusieron en funcionamiento las nuevas cámaras y los verdugos, al no haber podido poner a punto su sistema, llevaban a cabo pruebas para la dosificación de distintas sustancias venenosas, las víctimas pasaron por terribles martirios, conservando la vida durante dos o tres horas. En los primeros días las instalaciones impelentes y absorbentes funcionaron muy mal, y la agonía de los infelices se prolongaba durante ocho y diez horas. Para la matanza se adoptaron diversos métodos, como la inyección de los gases del escape del motor de un tanque pesado que servía de fuente de fuerza motriz en la estación de Treblinka. Estos gases de escape contenían entre un dos y un tres por ciento de óxido de carbono, que tiene la propiedad de cuajar la hemoglobina de la sangre en estrecha unión con lo que se llama carboxihemoglobina. Ésta es más persistente que la unión (oxihemoglobina) que se forma al contacto de la sangre que se encuentra en los alvéolos de los pulmones con el oxígeno del aire. A los quince minutos, la hemoglobina de la sangre humana se une estrechamente con el óxido de carbono y el hombre respira inútilmente, el oxígeno deja de entrar en su organismo y aparecen síntomas de hambre de oxígeno, el corazón trabaja con una fuerza furiosa y empuja la sangre hacia los pulmones, pero la sangre envenenada por el óxido de carbono es impotente para apoderarse del oxígeno del aire. La respiración se vuelve ronca, aparecen fenómenos torturantes de asfixia, el conocimiento se ofusca y el hombre muere como si fuera ahorcado.

El segundo método adoptado en Treblinka y que obtuvo una gran difusión fue la extracción del aire de las cámaras por medio de unas bombas especiales; la muerte se producía por las mismas causas que el envenenamiento por óxido de carbono: al hombre se le quitaba el oxígeno. Y finalmente, el tercer método, menos utilizado pero que de todas maneras se empleaba, fue el asesinato por medio del vapor, método éste que también se basaba en privar al organismo del oxígeno.

El vapor expulsaba el aire de la cámara. Se utilizaron diversas sustancias venenosas, pero esto constituyó un experimento. Los sistemas para el asesinato en masa, o como si dijéramos industrial, fueron los dos de los que hemos hablado más arriba.

Así pues, el proceso de trabajo de la fábrica de Treblinka se reducía a privar sucesivamente al hombre de todo lo que venía gozando desde su creación por la sagrada ley de la vida.

En primer lugar se le quitaba la libertad, la casa, la patria y se le conducía a un anónimo bosque desierto. Después, en la plaza de la estación, se le despojaba de los objetos de su propiedad: cartas, fotografías de los seres queridos; más tarde, tras la valla del campo, le quitaban a su madre, a su mujer, a su hijo. Después, una vez desnudo, se le despojaba de los documentos, que se arrojaban a una hoguera: al ser humano se le quitaba el nombre. Lo empujaban por un corredor con un techo bajo de piedra y con ello le quitaban el cielo, las estrellas, el viento, el sol.

Y por fin llegaba el último acto de la tragedia humana; el hombre cruzaba el último círculo del infierno de Treblinka. Se cerraban con fuerza las puertas de la cámara de cemento. Toda clase de aparatos de cierre perfeccionados: fuertes pasadores, cerraduras y pestillos, sujetaban estas puertas. No se las podía arrancar.

¿Encontraremos en nosotros mismos fuerzas suficientes para pensar en lo que sentía y experimentaba en los últimos minutos la gente que se encontraba metida en estas cámaras? Es sabido que guardaban silencio. En un terrible apretujamiento en que se quebraban los huesos y la caja torácica no podía respirar, permanecían de pie unos contra otros, cubiertos de un sudor mortal y pegajoso, como un solo hombre. Alguien, acaso un viejo prudente, pronunciaba con esfuerzo: «¡Consolaos, es el fin!». Otro tal vez gritara una terrible maldición. ¿Será posible que no se cumpla esta sagrada maldición? Una madre, con esfuerzo sobrehumano, intentaba ensanchar el sitio para su hijito, ¡que su respiración mortal pudiera ser aligerada aunque no fuera más que en una millonésima por el último cuidado materno! Una muchacha con la lengua ya torpe pregunta: «Pero ¿por qué me ahogan, por qué?». La cabeza le da vueltas y la asfixia le oprime la garganta. ¿Qué

cuadros pasan por delante de los ojos vidriosos y agonizantes? ¿La infancia, los días felices de los tiempos de paz, el último y penoso viaje? Acaso se le apareciera el rostro sonriente del SS que estaba de pie en la primera plaza, frente a la estación: «¡Ah, por eso se reía!». La conciencia se ofusca y llega el momento terrible del último martirio...

¡No, no es posible imaginarse lo que sucedía en la cámara! Los cuerpos muertos permanecían de pie mientras se enfriaban poco a poco. Según declaración de los testigos, los que más tiempo seguían respirando eran los niños. Veinte o veinticinco minutos después los ayudantes de Schmidt observaban por unas mirillas. Llegaba el momento de abrir las puertas de la cámara que daban a la plataforma. Presos vestidos con monos, arreados por los gritos de los SS, comenzaban la descarga. Como el suelo tenía pendiente hacia la plataforma, muchos cuerpos caían por sí solos. Personas que trabajaron en la descarga de las cámaras me contaban que los rostros de los muertos estaban muy amarillos y que aproximadamente un setenta por ciento de los asesinados dejaban escapar hilillos de sangre por la nariz y por la boca. Los fisiólogos pueden explicar eso. Los SS hablaban unos con otros y examinaban los cadáveres. Si alguno resultaba estar vivo, gemía o se movía, le daban el tiro de gracia con una pistola. Después, un equipo armado de tenazas de dentista arrancaba a los muertos los dientes de oro y de platino. Esos dientes se clasificaban según su valor, se embalaban en cajas y se enviaban a Alemania. Si a los SS les hubiera resultado más ventajoso o más cómodo arrancar los dientes a las personas en vida, claro está que lo hubieran hecho sin el menor titubeo. Pero por lo visto arrancar los dientes a los muertos era más cómodo y sencillo.

Se cargaba a los cadáveres en vagonetas y se les conducía a una enorme fosa. En ella eran colocados unos junto a otros, bien apretados. La fosa permanecía abierta, estaba esperando. Y durante este tiempo, cuando apenas había comenzado la descarga de los «gaseados», el *Scharführer* que trabajaba en el transporte recibía una breve orden por teléfono. Daba un pitido que era la señal para el maquinista y otros veinte vagones avanzaban lentamente hacia el andén junto al que se elevaba la maqueta de la estación de Ober-Maidan. Otras tres o cuatro mil personas, cargadas con sus maletas,

bultos y paquetes con comida, salían a la plaza de la estación. Las madres llevaban a sus hijos de la mano, los hijos mayorcitos se apretaban contra los padres y miraban atentamente hacia todos lados. Había algo alarmante y terrible en esta plaza pisoteada por millones de pies... ¿Y por qué de pronto al final de la plataforma de la estación se terminaba la vía, crecía hierba amarilla y se elevaba una alambrada de tres metros de alto?...

La recepción del nuevo contingente se llevaba a cabo siguiendo un horario riguroso, de tal manera que las víctimas entraran por el «camino sin regreso» precisamente en el momento en que los últimos cadáveres de «gaseados» eran arrojados a la fosa. Ésta seguía sin cubrir, esperaba.

Y el comandante del campo de exterminio, sentado en su despacho, rodeado de papeles y de esquemas, llamaba por teléfono a la estación de Treblinka y a las vías de reserva, por las que chirriando y trepidando avanzaba un tren de sesenta vagones rodeados por la escolta de las SS, deslizándose por la angosta vía de reserva entre dos hileras de pinos.

Las enormes excavadoras trabajaban y chirriaban abriendo día y noche nuevas fosas de cien metros de largo y de una gran profundidad. Y las zanjas quedaban sin cubrir. Esperaban. Pero no esperaban mucho tiempo.

II

A fines de invierno de 1943 Himmler llegó a Treblinka acompañado de un grupo de altos funcionarios de la Gestapo. El grupo arribó a la región del campo en avión y poco después, en dos automóviles, entraba por la puerta principal. La mayoría iban vestidos con el uniforme militar, pero algunos, acaso los expertos, vestían de paisano, con abrigos y sombreros. Himmler visitó personalmente el campo y uno de los testigos visuales nos contó cómo el ministro de la muerte se acercó al enorme foso y permaneció allí mirándolo largo tiempo en silencio. Las personas que le acompañaban se mantuvieron a cierta distancia, a la espera de que Heinrich Himmler terminara de contemplar la colosal tumba ya medio llena de cadáveres. Treblinka era la fábrica más importante del trust organizado por Himmler. El avión del *Führer* de las SS regresó el mismo día. Al abandonar Treblinka, Himmler dio una orden al mando del campo que desconcertó a todos, tanto al jefe de los *Sturmführer*, barón Von Pfein, como a su ayudante Korol y al capitán Franz: comenzar de inmediato la cremación de los cadáveres enterrados (del primero al último), sacar del campo las cenizas y huesos calcinados y diseminarlos por los campos y caminos. Bajo tierra se encontraban ya millones de cadáveres y esta tarea parecía extraordinariamente complicada y difícil. Además se dio la orden de no enterrar a los siguientes «gaseados», sino incinerarlos también. ¿A qué se debía el viaje de inspección de Himmler y su orden personal y categórica? La causa era solamente una: la victoria del Ejército Rojo en Stalingrado. Puede apreciarse lo espantosa que fue para los alemanes la fuerza del golpe ruso en el Volga por el hecho de que, pasados algunos días, se pensó por

primera vez en Berlín en la responsabilidad, en la expiación, en el pago de las culpas, ya que el mismo Himmler voló en avión a Treblinka y ordenó que se borraran inmediatamente las huellas de los crímenes cometidos a sesenta kilómetros de Varsovia. Éste fue el eco que tuvo el poderoso golpe asestado por los rusos a los alemanes en el Volga.

Al principio, la incineración de los cadáveres no funcionaba de ninguna manera, pues éstos no querían arder; aunque es cierto que pudo observarse que los de las mujeres ardían mejor. Se gastó una enorme cantidad de gasolina y aceite para quemar los cadáveres, pero el sistema salía muy caro. Parecía que la cosa se encontraba en un callejón sin salida. Pero desde Alemania llegó un SS, hombre robusto de unos cincuenta años, especialista en la materia. ¡Cuántos especialistas no habrá creado el régimen hitleriano, tanto para el asesinato de niños pequeños, el estrangulamiento y la construcción de cámaras de gas, como para la destrucción científica de grandes ciudades en un solo día! Se encontró también a un especialista para la exhumación y la cremación de millones de cadáveres humanos.

Bajo su dirección se comenzaron a construir hornos. Se trataba de un tipo especial de hornos-hoguera. Ni el crematorio de Lublin ni cualquiera otro de los más grandes del mundo habría estado en condiciones de quemar en un plazo tan breve una cantidad tan gigantesca de cuerpos. La excavadora abrió una hondonada de unos doscientos cincuenta o trescientos metros de largo, unos veinte o veinticinco de ancho y seis de hondo. En el fondo de esta gran zanja, en toda su extensión, fueron colocadas en tres hileras y a distancias iguales unas columnas de hormigón armado de una altura sobre el nivel del fondo de cien a ciento veinte centímetros. Estas columnas servían de cimiento para unas vigas de acero colocadas a lo largo de toda la zanja. Sobre estas vigas fueron dispuestos de través unos raíles a una distancia de cinco a siete centímetros uno de otro. De esta manera se montó una gigantesca parrilla en un horno ciclópeo. Se tendió una nueva vía estrecha que iba desde la fosa-tumba hasta la fosa-horno. Pronto construyeron otra más y más tarde una tercera de iguales dimensiones. En cada parrilla se echaban cada vez de tres mil quinientos a cuatro mil cadáveres.

Se trajeron dos nuevas excavadoras colosales tipo Baguer. Se trabajaba día y noche. Personas que tomaron parte en la labor de la incineración de los cadáveres cuentan que estos hornos recordaban a gigantescos volcanes: un terrible calor quemaba los rostros de los operarios, las llamas se elevaban a una altura de ocho o diez metros, unas columnas de humo negro, espeso y grasiento subían al cielo y se cernían en el aire, formando una cobertura pesada e inmóvil. Los habitantes de los pueblos circunvecinos veían estas llamas por las noches desde una distancia de treinta o cuarenta kilómetros. Se elevaban más alto que los bosques de pinos que rodeaban el campo. El olor a carne humana quemada lo impregnaba todo. Cuando el viento soplaba hacia el campo polaco situado a tres kilómetros, la gente se ahogaba. A esta tarea de cremación de cadáveres fueron destinados ochocientos detenidos, cantidad que supera a la de los trabajadores empleados en los altos hornos o en los hornos Martin de cualquier gigante de la metalurgia. Este taller monstruoso trabajó día y noche durante ocho meses, sin interrupción, y aun así no pudo terminar con la cremación de los millones de cuerpos exhumados. Es verdad que continuamente llegaban nuevos contingentes para ser «gaseados», y eso también recargaba los hornos.

Llegaron trenes de Bulgaria. Los SS y los guardianes se alegraron de su llegada porque, engañados por los alemanes y por el gobierno fascista búlgaro de entonces, las gentes no preveían su suerte y llevaban consigo gran cantidad de objetos de valor, muchos productos alimenticios sabrosos, pan blanco. Más tarde empezaron a llegar trenes de Grodno y Bielostok, después trenes procedentes del gueto de Varsovia, que se había sublevado; llegaron trenes cargados con campesinos insurrectos polacos, con obreros y con soldados. Llegó un contingente de gitanos de Besarabia, compuesto por unos doscientos hombres y ochocientas mujeres y niños. Los gitanos vinieron a pie y tras ellos iban unos carros tirados por caballos; también habían sido engañados, y estas mil personas llegaron escoltadas solamente por dos guardias montados, quienes ignoraban que conducían a la gente a la muerte. Cuentan que las gitanas juntaban las manos con admiración al ver el hermoso edificio de «gasificación», sin adivinar hasta el último momento

la suerte que les esperaba. Esto divirtió especialmente a los alemanes. Los SS se ensañaron con crueldad con los sublevados del gueto de Varsovia. Separaron a las mujeres y a los niños del grupo y los condujeron no a las cámaras de gas, sino a los lugares donde se quemaban los cadáveres. Obligaron a las madres enloquecidas de espanto a llevar a sus hijos a las vigas al rojo vivo, sobre las que, en medio de las llamas y del humo, se retorcían miles de cuerpos muertos, donde los cadáveres, como si revivieran, se removían y se retorcían, donde los vientres de las embarazadas muertas reventaban a causa del calor y los niños fallecidos antes de nacer ardían en el vientre abierto de sus madres. Este espectáculo era capaz de trastornar el juicio de la persona más templada, y los alemanes consideraban con toda razón que iba a impresionar cien veces más de lo que ya lo estaban a las madres; éstas intentaban tapar los ojos de sus hijos, quienes se lanzaban hacia ellas y gritaban enloquecidos: «Mamá, ¿qué va a ser de nosotros, nos van a quemar?». ¡Dante en su infierno no presenció semejante cuadro!

Los alemanes, después de distraerse con este espectáculo, quemaban a los niños.

La mera lectura de estas cosas es terriblemente dura. Pero que el lector me crea: no es menos duro escribirlas. Es posible que alguien pregunte: «¿Para qué escribir, para qué recordar todo esto?».

El deber del escritor es el de contar la espantosa verdad, y el deber ciudadano del lector es conocerla. Todo aquel que vuelve la cabeza, que cierra los ojos y pasa de largo ofende la memoria de los caídos. ¡Quien no conoce toda la verdad nunca podrá comprender contra qué enemigo, contra qué monstruo entró en lucha a muerte nuestro grandioso, nuestro santo Ejército Rojo!

El lazareto también fue reorganizado de nuevo. Antes se conducía a los enfermos a un lugar rodeado de ramas donde un falso médico los recibía y los mataba. Los cuerpos de los muertos, viejos y enfermos, eran transportados en angarillas hasta la fosa general. Más tarde se excavó también allí una hondonada circular. Alrededor de ésta, como si se tratara de un estadio deportivo, había colocados unos bancos de poca altura tan

próximos al borde que los que se sentaban en ellos se encontraban sobre la zanja misma. En el fondo de la hondonada se construyeron unas parrillas en las que ardían los cadáveres. A los enfermos y a los viejos achacosos se les conducía al lazareto y los «sanitarios» les invitaban a sentarse en los bancos de cara a la hoguera de cuerpos humanos. Después de divertirse con el espectáculo, los caníbales disparaban a las nucas canosas y a las espaldas encorvadas de los que estaban sentados, que, muertos o heridos, caían a la hoguera.

Nosotros conocíamos el tosco humor alemán y siempre lo valoramos en bastante poco. Pero ¿pudo nunca nadie de entre los vivos figurarse lo que significó el humor de los SS en Treblinka, lo que significaron las diversiones de los SS y las bromas de los SS?

Organizaron competiciones de fútbol entre los condenados a muerte, les obligaban a jugar al marro, instituyeron un coro y danzas con los presos. Cerca de las viviendas alemanas se levantó una casa de fieras: metidos en jaulas había animales salvajes inofensivos como lobos y zorras, pero las más terribles fieras que hay en la tierra, semejantes a cerdos, estaban en libertad, se sentaban en los bancos de álamo y oían música; hasta se compuso un himno especial para los condenados –*Treblinka*–, al que pertenecen los siguientes versos:

> *Für uns gibt's heute nur Treblinka,*
> *Das unser Schicksal ist...*[1]

Obligaban a gentes ensangrentadas a que algunos minutos antes de su muerte ensayaran a coro unas estúpidas canciones sentimentales alemanas:

> *... Ich brach das Blümeleín*
> *und schenkte es dem schönsten*
> *geliebten Mädlein...*[2]

El comandante mayor del campo separó a algunos niños de uno de los grupos recién llegados, mató a sus padres, vistió a los niños con las mejores

ropas, los hartó de dulces, jugó con ellos y, después, pasados algunos días, cuando se cansó de este pasatiempo, mandó que los mataran.

Una de las principales distracciones consistía en la violación y el ensañamiento con las mujeres jóvenes y guapas y las muchachas que separaban de cada contingente de condenados. Por la mañana, los mismos violadores las conducían a la cámara de gas. Así se distraían los SS de Treblinka, baluarte del régimen hitleriano y orgullo de la Alemania fascista.

Es oportuno señalar que estos individuos no eran ejecutores mecánicos de una voluntad extraña. Todos los testigos señalan un rasgo que les era común: la afición a los razonamientos teóricos, a filosofar. Todos ellos tenían la debilidad de pronunciar discursos a los condenados, de jactarse ante ellos, de exponer el profundo sentido y la importancia para el futuro de lo que sucedía en Treblinka. Explicaban de manera detallada la supremacía de su raza sobre las demás, declamaban grandes parrafadas sobre la sangre alemana, el carácter alemán y la misión de los alemanes.

Su credo estaba expuesto en los libros de Hitler y Rosenberg y en los folletos de Goebbels.

Después de trabajar y de divertirse como acabamos de describir, dormían como unos santos, sin que les perturbaran malos sueños ni pesadillas. Su conciencia nunca les atormentaba, sin duda porque ninguno de entre ellos la tuvo nunca. Hacían gimnasia, cuidaban celosamente de su propia salud, bebían leche, se preocupaban mucho por las comodidades de su vida. Construían empalizadas alrededor de sus viviendas, bellos macizos de flores, glorietas. Frecuentemente, varias veces al año, se marchaban de vacaciones a Alemania porque la jefatura consideraba muy nocivo el trabajo en su «establecimiento» y se preocupaba por su salud. En su patria andaban con orgullo, con la cabeza bien alta, y no hablaban de su trabajo no porque se avergonzasen de él, sino simplemente porque, al ser disciplinados, no tenían valor para infringir lo firmado por ellos ni el solemne juramento prestado. Y cuando llevando a sus mujeres del brazo iban por las noches al cine y se reían a carcajadas o golpeaban el suelo con sus botas herradas, resultaba difícil distinguirlos de los ciudadanos

corrientes. Pero eran bestias en el más amplio sentido de la palabra, bestias SS.

El verano de 1943 resultó ser extraordinariamente cálido. Durante muchas semanas no hubo ni lluvia, ni nubes ni viento. El trabajo de cremación de los cadáveres se encontraba en su punto álgido. Los hornos llevaban ya seis meses ardiendo día y noche, y habían sido incinerados algo más de la mitad de los cadáveres.

Los detenidos que trabajaban en la cremación de los cadáveres no podían soportar los espantosos sufrimientos morales y físicos y diariamente se suicidaban de quince a veinte hombres. Muchos buscaban la muerte infringiendo deliberadamente el régimen disciplinario.

«Recibir una bala era un lujo», me contaba un muchacho panadero de Kossuvo que huyó del campo. La gente decía que en Treblinka ser condenado a vivir era mucho más terrible que ser condenado a muerte.

Las cenizas y los restos calcinados se sacaban fuera del campo. Los campesinos de la aldea de Vulka fueron movilizados por los alemanes para cargar las cenizas en carros y descargarlas a lo largo de los caminos que conducían al campo de la muerte y al campo penitenciario polaco. Niños detenidos arrojaban con palas y esparcían de forma uniforme estas cenizas por los caminos. Algunas veces encontraban entre las cenizas monedas de oro y coronas semifundidas. A causa de la ceniza, estos caminos se volvieron negros como una cinta de luto. A los niños se les llamaba «los niños del camino negro». Las ruedas de los automóviles hacían un ruido especial al pasar por este camino. Y cuando yo pasé por él fui oyendo de continuo bajo las ruedas un triste murmullo, tenue como un débil lamento.

Los campesinos cargaron ceniza y restos quemados desde la primavera de 1943 hasta el verano de 1944. Veinte carros trabajaron diariamente; cada uno de ellos hacía entre cinco y ocho viajes por día y se cargaban de siete a ocho puds de cenizas en cada uno.

En la canción *Treblinka* que los alemanes obligaban a cantar a los ochocientos hombres que trabajaban en la cremación de los cadáveres, hay unas palabras en las que se invita a los recluidos a la sumisión y la obediencia; a cambio se les promete «la pequeñísima felicidad que brilla

por un breve instante». Y cosa sorprendente, en la vida del infierno de Treblinka hubo, en efecto, un día feliz. Los alemanes, sin embargo, se equivocaron, porque no fueron la sumisión y la obediencia las que proporcionaron este día a los condenados a muerte: fue la valentía de los audaces. Los reclusos concibieron un plan de sublevación. No tenían nada que perder. Todos ellos estaban condenados a muerte, cada día de vida era un día de sufrimientos y martirios. Ni uno siquiera de entre ellos, testigos de los terribles crímenes de los alemanes, habría sido perdonado; a todos les esperaba el «gaseamiento»; en efecto, se les enviaba allí después de algunos días de trabajo y se les sustituía por otros nuevos, sacados de los contingentes que iban llegando. Sólo algunas decenas de hombres vivieron, no ya días y horas, sino semanas y meses: fueron los maestros calificados, como los carpinteros o los albañiles, y los panaderos, sastres y barberos que servían a los alemanes. Éstos precisamente fueron quienes organizaron el comité de la sublevación. Como se comprende, sólo condenados a muerte y personas dominadas por un sentimiento de venganza feroz y por un odio implacable podían idear un plan de sublevación tan descabellado. No quisieron huir hasta no destruir por completo Treblinka. Y lo destruyeron. En las barracas de los obreros aparecieron las armas: hachas, cuchillos, mazas. ¡A qué precio, y con qué inmenso riesgo fueron conseguidos! ¡Cuánta maravillosa paciencia, astucia y habilidad fueron necesarios para ocultarlos de los registros y esconderlos en las barracas! Se hicieron reservas de gasolina para rociar e incendiar las construcciones del campo. ¿Cómo se acumuló esta bencina y cómo desapareció sin dejar rastro, como si se hubiera evaporado? Fueron necesarios unos esfuerzos sobrehumanos, la tensión de la inteligencia, de la voluntad, y un atrevimiento inaudito. Finalmente hicieron una gran galería bajo la barraca donde los alemanes tenían el arsenal. También aquí la audacia ayudó a la gente, el dios de los audaces los protegió. Del depósito de armas fueron extraídas veinte granadas de mano, una ametralladora, carabinas y pistolas. Todo esto fue metido en escondrijos y enterrado por los conspiradores. Los conjurados se dividieron en grupos de cinco. El complicado y enorme plan de la sublevación fue elaborado hasta los últimos detalles. Cada grupo de cinco

tenía una misión precisa. Y cada tarea, de una exactitud matemática, era una verdadera locura. Unos se encargaron de asaltar las torres en las que se encontraban los guardianes con ametralladoras. Otros debían atacar por sorpresa a los centinelas que circulaban entre las plazas del campo. Un tercer grupo debía atacar los automóviles blindados. El cuarto fue encargado de cortar las comunicaciones telefónicas, el quinto debía caer sobre el edificio del cuartel, el sexto, abrir una brecha en la alambrada de espino, el séptimo, tender un puente a través del foso antitanque, el octavo, rociar con gasolina los edificios del campo y prenderles fuego, el noveno debía destruir todo lo que pudiera ser destruido con rapidez.

Fue prevista incluso la provisión de dinero para los que habían de huir. Un médico de Varsovia, encargado de reunirlo, estuvo a punto de echarlo todo a perder. En una ocasión el *Scharführer* notó en el bolsillo de sus pantalones un grueso paquete de billetes, que el doctor iba a ocultar en un escondrijo. El *Scharführer* hizo como si no se hubiera dado cuenta. E inmediatamente informó a Kurt Franz. Se trataba naturalmente de un acontecimiento extraordinario. Franz en persona fue a interrogar al médico. Enseguida sospechó que ocurría algo anormal, porque, bien mirado ¿para qué necesitaba el dinero un condenado a muerte? Franz comenzó el interrogatorio seguro y sin prisa, porque dudaba que hubiera en el mundo nadie que supiera hacer confesar por medio de torturas tan bien como él. Pero el médico de Varsovia fue más astuto que el capitán de las SS: se envenenó. Uno de los participantes en la sublevación me contó que nunca se esforzaron con tanto empeño en salvar la vida de un hombre en Treblinka como aquella vez. Por lo visto Franz comprendió por instinto que el médico moribundo guardaba un importante secreto. Pero el veneno alemán actúa infaliblemente y el misterio continuó siendo un misterio.

A fines de julio comenzó a hacer un calor asfixiante. Cuando abrían las fosas se escapaba un vapor como el que despedirían unas gigantescas calderas. El monstruoso hedor y el calor de los hornos mataban a la gente. Extenuados, los que transportaban los cadáveres caían muertos también sobre las parrillas. Miles de millones de moscas cebadas y hartas se

arrastraban por la tierra y zumbaban por el aire. Se estaban quemando los últimos centenares de miles de cuerpos humanos.

La sublevación se fijó para el 2 de agosto. Como señal debía servir el disparo de un revólver. La causa sagrada fue coronada por el éxito. Al cielo se elevaron nuevas llamas, pero éstas no eran ya pesadas y llenas de humo grasiento, las llamas de los cadáveres que ardían, sino el fuego resplandeciente, ardoroso y devorador del incendio. Ardieron los edificios del campo y a los sublevados les pareció que el mismo sol, deshaciéndose en pedazos, era el que brillaba sobre Treblinka y presidía la fiesta de la libertad y del honor.

Restallaron los disparos, tabletearon las ametralladoras de las torres tomadas por los sublevados. Victoriosamente, como las campanadas de la verdad, sonaban las explosiones de las granadas de mano. El aire se estremeció por el estruendo y los crujidos, se derrumbaron los edificios, el silbido de las balas ahogó el zumbido de las moscas de los cadáveres. Se enarbolaron en el aire claro y limpio las hachas rojas de sangre. El día 2 de agosto, por la tierra del infierno de Treblinka corrió la sangre repugnante de los SS. Y el cielo azul, que irradiaba luz, festejó solemnemente el momento de la venganza. Entonces se repitió una historia vieja como el mundo: los seres que se consideraban a sí mismos como representantes de la raza superior, los seres que ordenaban tronando *«Achtung! Mützen ab!»* (¡Atención! ¡Fuera sombreros!), los seres que arrancaban de sus casas a los habitantes de Varsovia para llevarlos a la muerte, los que con unas voces de un zumbido repugnante de dominadores gritaban: *«Alle r-r-r-raus!»* (¡Salgan todos!), estos seres tan convencidos de su poderío cuando se trataba de la ejecución de millones de mujeres y de niños, resultaron ser unos cobardes, repugnantes, miserables que imploraban perdón servilmente apenas se trataba de una verdadera lucha a muerte. Se desconcertaron, corrían de un lado para otro como ratas, se olvidaron del sistema diabólicamente pensado de defensa de Treblinka. Pero ¿vale la pena hablar de esto y es necesario acaso extrañarse de ello?

Dos meses y medio después, el 14 de octubre de 1943, se produjo un levantamiento en la fábrica de muerte de Sobibor, organizado por un

prisionero de guerra soviético, un delegado político natural de Rostov que respondía al nombre de Sashkó Pecherski. Y allí se repitió lo mismo que en Treblinka: gentes medio muertas de hambre fueron capaces de habérselas con centenares de bandidos SS hartos de sangre inocente. Los sublevados mataron a los guardias con hachas construidas por ellos mismos en las herrerías del campo, y el arma de muchos de ellos fue la arena fina de la que Sashkó ordenó que se llenaran los bolsillos y con la que cegaron los ojos de los centinelas... Pero ¿hay que maravillarse de esto?

Cuando ardió Treblinka y los sublevados, en silencio, se despidieron de la gente convertida en ceniza y salieron a través de la alambrada, de todos lados se lanzaron unidades de las SS y de la policía a perseguir a los que huían. Centenares de perros policías fueron azuzados tras los rastros. Los alemanes movilizaron la aviación. Los combates se sucedieron por los bosques, por los pantanos, y son pocos, son pocos aquellos de entre los sublevados que se cuentan hoy entre los vivos.

Desde el 2 de agosto Treblinka dejó de existir. Los alemanes acabaron de incinerar los cadáveres que quedaban, derribaron los edificios de piedra, quitaron las alambradas, quemaron las barracas de madera que habían quedado a medio arder. Fue volado el edificio de la muerte, cargada y transportada la instalación, destruidos los hornos y llevadas a otro sitio las excavadoras; las enormes e innumerables fosas fueron cubiertas de tierra, arrasada hasta la última piedra del edificio de la estación y finalmente destrozada la vía férrea y hechas desaparecer las traviesas. En el territorio ocupado por el campo fue sembrado altramuz, y el colono Streben construyó su casita. En la actualidad no existe siquiera esta casita porque fue quemada. ¿Qué es lo que querían conseguir con todo esto los alemanes? ¿Hacer desaparecer las huellas del asesinato de millones de personas en el infierno de Treblinka? Pero ¿acaso es esto concebible? ¿Es que sería posible obligar a guardar silencio a miles de personas que vieron cómo los trenes de condenados a muerte se dirigían desde toda Europa al lugar de la ejecución en cadena? ¿Existe poder humano capaz de ocultar aquellas mortecinas y pesadas llamas y aquel humo que durante ocho meses flotó en el cielo y que era visto de día y de noche por los habitantes de decenas de pueblos y

aldeas? ¿Quién sería capaz de arrancar de los oídos de los campesinos de la aldea de Vulka y obligarles a que olvidaran el espantoso llanto de mujeres y niños que resonó durante trece meses y que hasta hoy día parece estar metido en sus sienes? ¿Es posible obligar a que callen los campesinos que durante un año transportaron ceniza humana desde el campo hasta los caminos de los alrededores? ¿Es posible reducir al silencio a los testigos que quedaron con vida de los trabajos del cadalso de Treblinka, desde los primeros días de su aparición hasta el día 2 de agosto de 1943, último de su existencia; testigos que contaron en una versión concordante y exacta todo sobre cada SS y vigilante; testigos que paso tras paso, hora tras hora establecieron el diario de Treblinka? Ahora ya no se les gritará *Mützen ab!*, ahora ya no se les conducirá a las cámaras de gas. Y Himmler ya no tiene poder sobre sus ayudantes, quienes, mientras agachan muy bajo la cabeza y manosean con dedos temblorosos las puntas de sus guerreras, cuentan con voz sorda y monótona la historia de sus crímenes, que parece una locura, un delirio. Un oficial soviético con la cinta verde de la medalla de la defensa de Stalingrado transcribe hoja tras hoja las declaraciones de los criminales. Y junto a la puerta se halla, con los labios apretados, un centinela en cuyo pecho también pende la medalla de Stalingrado y en cuyo rostro seco y curtido por el viento hay una expresión severa. Es el rostro de la justicia del pueblo. ¿Y no es un símbolo asombroso que llegase a Treblinka, al lado de Varsovia, uno de los ejércitos victoriosos de Stalingrado? No fue sin razón que se inquietase Heinrich Himmler en febrero de 1943, no sin causa voló a Treblinka, fue por algo que ordenó construir hornos, quemar y suprimir las huellas. Pero todo su esfuerzo fue en vano. Los de Stalingrado llegaron hasta Treblinka, el camino entre el Volga y el Vístula resultó ser corto. Y ahora la tierra misma de Treblinka no quiere ser cómplice de los crímenes cometidos por los asesinos, arroja de su seno los huesos, los objetos pertenecientes a los muertos y que los hitlerianos intentaron esconder en sus entrañas.

Llegamos al campo de Treblinka a principios de septiembre de 1944, es decir, trece meses después de estallar la sublevación. Trece meses trabajó el cadalso. Y durante trece meses los alemanes intentaron borrar las huellas de su trabajo.

Silencio. Apenas se mueven las copas de los pinos que se elevan a lo largo de la vía del ferrocarril. Fue a estos mismos pinos, a esta arena, a estos viejos tocones a los que miraron millones de ojos humanos desde los vagones que se deslizaban despacio hacia el andén. Crujen levemente la ceniza y los restos calcinados en el camino negro, bordeado cuidadosamente, en un estilo muy alemán, de piedras pintadas de blanco. Hemos entrado en el campo y marchamos por la tierra de Treblinka. Vainas de altramuz revientan al más pequeño roce, o se abren ellas solas emitiendo un ligero ruido. Millones de semillas se esparcen por la tierra. El ruido de las semillas que caen, el sonido de las vainas que se abren se funde en una melodía continua, triste y suave. Parece como si de la misma profundidad de la tierra se elevara el sonido fúnebre, triste, amplio y tranquilo de unas pequeñas campanas apenas perceptibles. Y la tierra tiembla bajo los pies, hinchada, gorda, como si estuviera empapada en aceite de linaza, la tierra sin fondo de Treblinka, inestable como una fosa abisal. Este lugar baldío cercado de alambradas devoró más vidas humanas que todos los océanos y mares del globo terrestre durante toda la existencia del género humano.

La tierra arroja huesos partidos, dientes, objetos, papeles: no quiere guardar el secreto.

Y los objetos surgen de la tierra reventada, de sus heridas sin cerrar. Aquí están las camisas semipodridas de los muertos, los pantalones, el calzado, las pitilleras cubiertas de verdín, ruedecitas de relojes de bolsillo, cortaplumas, brochas de afeitar, candelabros, zapatos de niño con borlas rojas, toallas con bordados ucranianos, puntillas de ropa blanca, tijeras, dedales, corsés, fajas. Y más lejos, por entre las grietas de la tierra surgen a la superficie montones de vajilla: sartenes, jarros de aluminio, tazas, cacerolas pequeñas y grandes, cazos, bidones, jarrillos, tacitas irrompibles infantiles... Y más lejos, de la tierra removida, sin fondo, exactamente como si la mano de alguien arrojara a la luz lo que guardaron los alemanes, sale a

la superficie un pasaporte soviético semipodrido, un cuaderno de notas en lengua búlgara, fotografías de niños de Varsovia y de Viena, una carta infantil con letra retorcida, un librito de versos, una plegaria copiada en unas hojas amarillas, una cartilla de racionamiento de Alemania... Y por todas partes centenares de tarros y frasquitos de perfume, de cristal granulado, verdes, rosas, azules... Sobre todos ellos se cierne un espantoso olor a materia descompuesta que no han podido vencer ni el fuego, ni el sol, ni la lluvia, ni la nieve ni el viento. Y centenares de minúsculas moscas del bosque se posan sobre los objetos semidestruidos, sobre los papeles y las fotografías.

Seguimos adelante por la tierra insondable y vacilante de Treblinka y de pronto nos detenemos. Unos cabellos rubios y espesos, de reflejos cobrizos, finos, maravillosos cabellos de muchacha, pisoteados en la tierra, y al lado unos rizos igualmente claros, y más lejos unas trenzas negras, pesadas, sobre la arena amarilla, y más lejos más y más. Éste, por lo visto, era el contenido de un solo saco de cabelleras olvidadas que no fue cargado.

¡Todo esto es verdad! La última esperanza de que fuera sólo un sueño se derrumba. Y las vainas de altramuz suenan sin cesar, golpean las semillas como si verdaderamente desde la profundidad de la tierra llegara el sonido fúnebre de incontables pequeñas campanas. Y parece como si el corazón se parara oprimido por una tristeza, por una pena, por una nostalgia tales como el hombre no puede soportar.

Los sabios, los sociólogos, criminalistas, psiquiatras, filósofos analizarán cómo pudo producirse todo esto. ¿Se trata de rasgos orgánicos, de atavismo, educación, medio, condiciones externas, predeterminación histórica, voluntad criminal de los dirigentes? ¿Qué es esto, cómo sucedió? Los rasgos embrionarios de racismo que se hallan en las exposiciones de toda clase de profesores charlatanes y de pobres teóricos provincianos alemanes del siglo pasado que parecían cómicos, el desprecio de los filisteos alemanes hacia el «cerdo ruso», el «bestia polaco», el «hebreo apestoso», el «pervertido francés», el «mercachifle inglés», el «hipócrita griego», el «tonto del checo», toda esta farfolla barata de la supremacía del alemán sobre el resto de los pueblos de la tierra de la que se burlaron

bonachonamente los publicistas y los humoristas; de pronto todo esto, en el lapso de algunos años, se transformó y pasó de tener unos rasgos «infantiles» a convertirse en una amenaza mortal para la humanidad, la vida y la libertad, y llegó a ser origen de increíbles e inauditos sufrimientos, torrentes de sangre y crímenes. En esto hay materia para la reflexión.

Guerras como la actual son espantosas. Pero hoy no basta con hablar de la responsabilidad de Alemania. Hoy es necesario hablar de la responsabilidad por el futuro de todos los pueblos y de todos los ciudadanos del mundo.

Hoy en día toda persona está obligada ante su conciencia, ante su hijo y ante su madre, ante la patria y ante la humanidad a contestar con toda la fuerza de su alma y de su inteligencia a la pregunta de quién dio nacimiento al racismo, qué es necesario para que el nazismo, el hitlerismo no resucite en ningún sitio ni a este ni al otro lado del océano, nunca por los siglos de los siglos.

La idea imperialista de la nacionalidad, de la raza y de cualquier otro exclusivismo condujo lógicamente a los hitlerianos a la construcción de Maidánek, Sobibor, Belzec, Auschwitz, Treblinka.

Debemos recordar que los fascistas van a sacar de esta guerra no sólo la amargura de la derrota, sino también la dulzura del recuerdo de los fáciles asesinatos en masa.

De esto debe acordarse diariamente y de manera severa todo aquel que aprecie el honor, la libertad, la vida de todos los pueblos, de toda la humanidad.

---

1. «Para nosotros no queda más que Treblinka, éste es nuestro destino.»

2. «Corté une florecita y se la regalé a mi bellísima amada.»

Document Outline

- Autor
- Sinopsis
- I
- II